

CORRESPONDENCIA

TURQUÍA

Los desastres de Armenia.—Carta de un misionero

De nuestro corresponsal de Constantinopla hemos recibido y nos apresuramos á publicar nuevos detalles acerca las horribles matanzas que hace más de tres meses ensangrientan la Armenia:

EL terror y el pánico continúan reinando en toda la Turquía de Asia: el hambre y los rigores del invierno completan la obra de exterminio, de la cual son víctimas millares de inocentes. Y entre tanto las potencias europeas, que hubieran podido impedir, á quererlo sinceramente, la renovación de las matanzas, se han coligado tan sólo para asistir al recrudecimiento de tantas infamias que su actitud ha contribuido á alentar. Por lo demás los enemigos del nombre cristiano, testigos de esta calculada inercia que tanto favorece sus instintos, no han dejado de aprovecharla contra los infelices armenios. Esta es la convicción general de los cristianos de Oriente, de quienes me hago aquí el intérprete.

Llenos de riquezas procedentes del pillaje, y cada vez más envanecidos por la impunidad, los miserables asesinos llevan la insolencia hasta burlarse abiertamente de la diplomacia europea. Así se les ve en las calles de Erzerum y en otras partes insultar á los armenios desarmados, diciéndoles con ironía:

—¿Dónde están ahora los europeos en quienes confiabais? ¿No sabéis que sois y seréis siempre nuestros esclavos, y que cuanto poseéis nos pertenece? Lo que hemos hecho aún es poco.

Año IV.—N.º 76

Se hace preciso que la Europa cristiana esté al corriente de estos hechos, para que se compadezca de la desventura de los supervivientes, y puesto que hablamos de Erzerum, transcribiré sobre los desastres de esta ciudad y de todo el vilayato algunos detalles que se me comunican.

El 9 de Diciembre un turco fué maltratado por otro turco. Al momento resonó en toda la ciudad el grito siniestro de *Ermeniler vurdú* (los armenios le han herido). El peligro de una nueva matanza era inminente; pero la conjuró un oficial turco diciendo que se trataba

de una querrela entre mahometanos. Los bandidos buscaban ya un pretexto para renovar sus atrocidades. Algunos musulmanes, animados de buenos sentimientos, habían prevenido del peligro á sus protegidos armenios, y les recomendaron que no saliesen.

El mismo día ó el siguiente un funcionario otomano se presentó en el célebre monasterio armenio de Hassan-Kale, y pidió cortésmente hospitalidad al Superior, reverendo P. Timoteo. Por la noche después de haberse hecho servir una espléndida cena, dió la señal á los hombres ar-

mados que aguardaban fuera. Inmediatamente invadieron el claustro, decapitaron al Superior y á doce monjes, y después de robar prendieron fuego.

El P. Timoteo gozaba de buena reputación en todo el distrito, aun entre los musulmanes. El portero del monasterio hallábase aquel día casualmente en la ciudad, y las Autoridades creyeron lo más sencillo encarcelarle imputándole el crimen! Por lo visto la información judicial no es muy complicada en estos países.



EMMO. CARDENAL DESPREZ, arzobispo de Toulouse. (Pág. 92)

Está hoy debidamente comprobado que el pretendido subteniente turco Emin-Bey, cuyo cadáver mutilado exhibieron las Autoridades de Erzerum á los cónsules de las naciones europeas la víspera de la gran matanza, con objeto de justificar las atrocidades que se tramaban, era un agente municipal armenio llamado Jorge. Vistiéronle previamente el uniforme de subteniente, y luego lo degollaron. De esta maquinación diabólica ó de otras análogas se ha echado mano en casi todos los centros.

El día mismo del asalto general, al cabo de tres horas de horrible carnicería, los pregoneros públicos exhortaron á los armenios que se habían ocultado á que saliesen sin temor, declarando que todo estaba apaciguado. Esto era otra emboscada, pues luego se repitieron las matanzas con el mayor encarnizamiento, corriendo ríos de sangre humana por las calles de Erzerum.

Basta ya de esta ciudad. Podría llenarse un voluminoso libro, con los detalles de la espantosa jornada del 30 de Octubre. El cónsul de Francia, acompañado de sor Eulalia, superiora de las Religiosas armenias católicas de la Inmaculada Concepción, hacía transportar los heridos á su escuela, convertida en hospital.

Debo mencionar asimismo la noble conducta del cónsul de Persia, que durante muchos días dió albergue y substento á centenares de familias armenias.

Digamos ahora algo de las matanzas del vilayato de Sivas.

Durante una semana los armenios asistieron con terror á los siniestros preparativos de los turcos. Quisieron cerrar sus tiendas y fortificarse en sus casas, pero las Autoridades hicieron esfuerzos por tranquilizarles.

El día mismo de la matanza, 12 de Noviembre, el gobernador general había encargado al Ilmo. Hadjian, arzobispo armenio católico, que invitase á su colega gregoriano á que hiciese abrir los comercios y almacenes de los armenios. El Ilmo. Hadjian apenas entró en la casa episcopal de los gregorianos, vió la puerta de la iglesia abrirse con estrépito, y precipitarse dentro centenares de heridos. Los dos Prelados refugiáronse en seguida en casa del cónsul de Francia, quien se apresuró á tomarlos bajo su protección. Allí, aunque en seguridad, aterrorizábales el oír los rugidos feroces de los asesinos, que armados con fusiles, yataganes y mazas caían sobre los indefensos armenios, matándoles al grito salvaje y fanático de: *Laillah inn Allah, chia-vurlari kessin* (En nombre de Dios, matad á los infieles). En menos de una hora todos los musulmanes se presentaron con el *turbante blanco* (1), siendo así que en tiempo normal los turcos que iban con él no excedía del uno por ciento. Esta insignia característica fué también enarbolada en Erzerum aun por los altos funcionarios.

La matanza, iniciada poco antes de medio día, continuó hasta el anochecer. La cifra de los muertos excedía de dos mil, entre ellos doscientas treinta mujeres y

(1) Todo mahometano que mata á un *giaur* (cristiano), se considera *ghazi* (victorioso) y toma un turbante blanco.

niños. Los heridos se contaron por centenares. Fueron robados muchos niños y doncellas. Más de mil establecimientos y tiendas experimentaron los efectos del saqueo, lo mismo que unas quinientas cincuenta casas. En un khan de piedra, recién construido, donde tenían sus almacenes los más ricos negociantes armenios de la ciudad, fueron expoliados sesenta y ocho cofres. En Erzerum los circasianos hacían saltar las cerraduras á tiros de fusil. Los perjuicios en este khan se elevan á 1.300.000 francos. Otros doce khans fueron asimismo saqueados. Las pérdidas de los armenios de Sivas se evalúan en 17.250.000 francos.

Las atrocidades cometidas por la soldadesca y por las bandas kurdas ó circasianas en Erzerum, Sivas y otras ciudades de la Anatolia son indescriptibles. Las Autoridades de Sivas nada hicieron para prevenir ó contener los asesinatos. Al contrario, distribuyeron fusiles á los turcos, y los soldados tomaron parte, como en Erzerum, en la carnicería y el pillaje.

El párroco armenio católico de Sivas albergó en su iglesia, con riesgo de su vida, centenares de gregorianos, á quienes arrancó á una muerte segura. La noche misma de este día fatal quince soldados, enviados al cónsul de Francia por el gobernador general, tuvieron que escoltar al Ilmo. Hadjian hasta su residencia.

La situación del interior de la provincia es peor todavía. En Tughasar se cuentan 350 casas saqueadas, 380 muertos, 65 heridos y 28 doncellas robadas. En Purk, 180 casas saqueadas y destruidas por el fuego. Korasan, Khantzar, Bingueul, Ulagh, Govdan, etc., experimentaron la misma suerte.

En Tokat los armenios se salvaron gracias á la protección de F'arik Mustafá-Bajá, amigo del Ilmo. Azarian. Únicamente una importante hacienda, perteneciente á la Iglesia armenia, fué destruída é incendiada en parte por los kurdos.

En Gurune la población armenia ha sido preservada de un exterminio radical merced á la prudencia de los notables armenios católicos, de su párroco el reverendo P. Araquelian, y de su vicario el Rdo. Mardinos-Mighivian. Los valientes guruniotas resistieron desde luego á los ataques de los kurdos (antes de la matanza oficial); pero millares de circasianos y de otros nómadas de diversas tribus, atraídas al intento por las Autoridades, lograron imponerse.

Por orden del gobernador general, el presidente de la Municipalidad de Gurune y el capitán Murad-Bey aconsejaron á los armenios católicos del barrio Orta Chughul, centro de la Misión, que enarbolasen bandera blanca en las ventanas de sus casas. La víspera del último ataque, que fué terrible, un jefe kurdo, Boyraz Oghlu Mehmed-Bey, á quien los armenios católicos de Gurune habían suministrado víveres, renovó á éstos las recomendaciones oficiales. Los católicos aprovecharon esta situación privilegiada para ofrecer generosa hospitalidad á mil doscientos armenios, así gregorianos como protestantes, refugiados en sus casas, y no les dejaron salir hasta después de haber obtenido de las Autoridades la seguridad de que aquellos infelices serían respetados y protegidos.

Esta conducta conmovió hasta tal punto á los cismá-

ticos y herejes, que centenares de ellos quieren abjurar sus errores.

Más de mil casas, dos iglesias gregorianas y tres capillas protestantes han quedado reducidas á escombros, y han muerto mil cuatrocientos armenios, entre ellos tres *derders* (sacerdotes casados). Un Obispo que rehusó abrazar el Mahometismo, fué quemado vivo en el convento de Aschod. Ciento cincuenta doncellas fueron robadas por los kurdos: las madres arrojaban al río sus hijos, prefiriendo que pereciesen en las aguas á verlos en poder de aquellos bárbaros. Siete mil armenios guruniotas, privados de albergue, de vestidos, de cama y de alimentos están abandonados en las calles, pereciendo de hambre y de frío. Ocioso es añadir que la guarnición nada hizo para evitar estos desastres.

El pueblo de Madjelic se ha distinguido por su resistencia heroica: sus vecinos han rechazado con éxito los asaltos de las hordas sanguinarias; pero agotadas las municiones, tiemblan por la suerte que les espera.

De las ciento cincuenta poblaciones armenias de la vasta provincia de Sivas, ninguna se ha librado de las hazañas de los bandidos é incendiarios. El vilayato de Sivas no cuenta menos de doscientos mil armenios, y sin exageración puede decirse que hay actualmente allí cincuenta mil viudas y huérfanos cuyo dolor y miseria son indescriptibles.

Los estragos en la llanura de Kharput comenzaron el 10 de Noviembre y duraron cinco días. Cincuenta aldeas quedan completamente devastadas. Las llamas han destruido el barrio armenio de la ciudad de Kharput, lo mismo que la mayor parte de las poblaciones, entre otras Tadem, cuya iglesia y casa parroquial estaban recientemente reconstruídas.

Los fugitivos de estas localidades andan errantes y en la mayor miseria. Muchos ricos propietarios se ven reducidos á mendigar el pan. El Ilmo. Arpiarian, obispo armenio católico de Kharput, sus sacerdotes y las Religiosas de la Inmaculada Concepción se han refugiado en el convento de los Padres Capuchinos, quienes les acogieron caritativamente, lo mismo que á un millar de fugitivos. También han prodigado sus desvelos á los heridos transportados á su iglesia.

Las víctimas de Arabghir se elevan á tres mil. Un superviviente de la matanza, en carta dirigida á un compatriota de Constantinopla, traza un cuadro conmovedor del aspecto lúgubre que ofrecía, el día siguiente al desastre, aquella importante ciudad, donde tres meses antes eran tan florecientes la industria y el comercio de los armenios.

«Era un espectáculo horripilante, dice, ver innumerables cuervos, atraídos por el olor de sangre, hacer sobre los cadáveres evoluciones dando siniestros gritos. ¡Parecía querían completar la obra bárbara de los kurdos!»

Un *vartabed* (sacerdote célibe), cuatro *derders* gregorianos y dos predicantes protestantes fueron degollados. Los fanáticos musulmes, después de haber obligado á uno de esos *darders*, llamado Nerses, á ponerse

el turbante y cantar el *Ezan* (símbolo musulmán), en las gradas del altar mayor de la iglesia, le inmolaron diciendo que era ya digno de entrar en el paraíso del profeta. Cinco iglesias y dos templos han sido saqueados, y tres iglesias incendiadas. Los asesinos no han dejado un solo grano de trigo á los supervivientes, pues destruyeron todo lo que no pudieron llevarse. Así es que el frío y el hambre hacen cada día numerosas víctimas entre aquellos infelices.

Las poblaciones armenias sitas una legua á la redonda de Arabghir, están todas destruídas, y de las más distantes apenas quedan vestigios, excepto las que han abrazado el Islamismo.

En Malatia las atrocidades del fanatismo musulmán han llegado al extremo. Allí la matanza de armenios fué horrorosa. El 1.º de Noviembre fué degollado un armenio católico, y dos días después comenzó la matanza en todos los barrios cristianos, que duró desde el domingo hasta la tarde del martes, 5 de Noviembre.

Tres mil armenios, gregorianos y católicos, se refugiaron en la iglesia, la casa arzobispal y las escuelas armenias católicas.

En la mañana del 6 de Noviembre los mahometanos dieron el asalto á la iglesia, intimando al obispo católico Ilmo. Korkoruni, que les entregase los gregorianos, y como se negase á ello el Prelado, los turcos empezaron á incendiar el edificio. La situación de los refugiados era terrible. Felizmente el Vicario general del Ilmo. Korkoruni abrió á tiempo una puerta que daba al jardín, y la multitud pudo refugiarse en los jardines de una familia turca vecina, donde se hallaba el gobernador, con el comandante militar de la plaza. Movido por las súplicas del venerable Arzobispo, el gobernador concedió que los tres mil cristianos pudiesen refugiarse en el cuartel. En estos movimientos setenta armenios católicos cayeron al golpe de los mahometanos. Sin embargo, el Ilmo. Korkoruni tuvo el consuelo de salvar á más de dos mil de sus compatriotas gregorianos. Una vez alejados éstos, tanto la iglesia como la casa arzobispal, el convento de las Religiosas de la Inmaculada Concepción y las dos escuelas armenias católicas fueron enteramente saqueadas y pasto de las llamas.

La mitad de los cristianos de Malatia ha muerto asesinada, y la otra mitad sucumbirá antes de la primavera á consecuencia del terror, del frío y la miseria. El fuego ha consumido todos los barrios cristianos.

El Ilmo. Korkoruni se ve obligado á pasar el invierno, con los suyos, en un khan desprovisto de todo mueble: durante tres semanas no ha tenido siquiera el consuelo de celebrar la Misa, por falta de ornamentos y de cáliz. El Ilmo. Arpiarian le invitó á refugiarse en Kharput, donde se hallan ya los Padres Capuchinos de Malatia; pero no quiere abandonar á sus queridos fieles, que quedarían en situación más lamentable. Los objetos robados ó destruídos por el fuego en los edificios de la Misión armenia católica, representan un valor de más de treinta y cuatro mil francos. Esta Misión está completamente arruinada.

El Ilmo. Esteban Pedro X Azarian, patriarca de los armenios católicos, con fecha 23 de Enero nos escribe desde Constantinopla la siguiente carta que nos apresuramos á publicar. La causa por que aboga se recomienda por sí misma á la caridad de nuestros lectores. Que Dios, en su misericordia, haga cesar las pruebas tan crueles que sufren las infelices poblaciones de Anatolia.

Dignaos conceder hospitalidad en las columnas de *Las Misiones Católicas* al grito de angustia de mis sufragáneos cuyas diócesis gimen bajo el peso de una catástrofe sin ejemplo en la historia.

Os son ya conocidos sus desgarradores detalles. En menos de tres meses el hierro y el fuego han asolado provincias enteras, sembrando en todas partes la muerte y la ruína. El terrible azote que ha enrojecido con sangre armenia el suelo de Anatolia, ha causado igualmente muchas víctimas y verdaderos mártires entre los nuestros, y si ha herido particularmente á nuestros connacionales gregorianos, el incendio y el saqueo no han perdonado á las Misiones católicas. Este hecho es tanto más lamentable cuanto las Autoridades no habían formulado hasta el presente queja alguna respecto á la actitud de la comunidad armenio-católica. La caridad admirable de los nuestros ha salvado la vida á muchos millares de armenios gregorianos condenados á la muerte más cruel, y aunque esta abnegación les ha costado cara, no se arrepienten de una conducta que pone de relieve el verdadero espíritu cristiano que les anima.

Doce de mis diócesis sufragáneas son víctimas de los recientes desastres: Trebizonda, Erzerum, Muche (Bitlis), Diarbekir, Kharput (Arapghir), Malatia, Sivas, Cesárea, Adana, Mardin, Marache y Alepo. Muchas casas y almacenes de mi comunidad están incendiados en gran parte; iglesias y capillas han sido saqueadas, lo mismo que no pocas casas episcopales y rectorales. Mas de cuarenta mil armenios católicos, gimiendo en la más espantosa miseria, quedan á cargo de mis afligidos sufragáneos.

La desolación se extiende por un lado hasta las fronteras de Rusia y Persia, y por otro hasta orillas del Mediterráneo. ¡Qué horror, Dios mío! ¡Y aun los síntomas actuales distan no poco de anunciar el fin de estas desventuras!

A pesar de las muchas noticias que me llegan desconozco todavía la extensión de nuestras pérdidas, y casi cada correo me anuncia una nueva desdicha.

Los rigores del invierno, tan duro en Anatolia, han venido á agravar la situación lamentable de tantos infelices sin albergue, sin alimento y sin vestidos. El frío y el hambre los diezman todos los días.

En favor de estos desdichados hambrientos vengo á implorar, con lágrimas en los ojos y en nombre de mis sufragáneos, la caritativa asistencia del Occidente católico.

Nuestras pérdidas materiales se elevan á muchos millones de pesetas. Mas no se trata ahora de la reconstitución de fortunas, ni de la reconstrucción de iglesias y Misiones incendiadas. Lo que ante todo se impone es dar pan á nuestros hermanos hambrientos.

Sí, pan solamente, con alguna ropa para garantir su desnudez contra los ataques funestísimos del aire glacial.

No me dirijo únicamente á los ricos, sino también y de una manera especial á las personas de condición modesta. Si todos cercenasen algo de lo supérfluo para destinarlo á estos infelices, hermanos suyos en la fe y en la gran familia humana, ¡cuántas necesidades podrían remediarse!

¡Volad todos, en nombre de la cristiandad y de la humanidad civilizada, en auxilio de vuestros hermanos sin ventura! Enviadnos lo que podáis. Los que sufren hambre nunca son exigentes. Vuestro óbolo, por pequeño que sea, será recibido con la más viva gratitud. Pero sobre todo, apresurad el envío de vuestras ofrendas, para que no lleguen harto tarde. ¡Ay, la espera del hambre tiene límites, fuera de los cuales sobreviene el marasmo y la muerte!

Ya Inglaterra y los Estados Unidos de América, donde los armenios gregorianos y protestantes tienen agentes y Comisiones de subscripción, envían abundantes socorros á sus correligionarios damnificados. Ahora bien, ¿qué harán los católicos de Occidente en favor de sus hermanos? ¿No darán el ejemplo de la caridad evangélica? La abnegación de los nuestros en los últimos sucesos de tal suerte edificó á nuestros hermanos gregorianos, que entre ellos se ha declarado una gran corriente de simpatía por nosotros y por la Religión católica. ¿No sería ahora acaso ocasión propicia y providencial para favorecer este consolador movimiento? ¡Acudid, pues, queridos hermanos de Occidente, y mostrad al mundo la superioridad de la caridad católica!

El pronto donativo del Padre Santo me permitió derramar un primer bálsamo en la horrible herida de mi patriarcado. Que nuestros hermanos de Occidente imiten en la medida de sus fuerzas el hermoso ejemplo de León XIII, nuestro Padre común.

El generoso interés con que siempre habéis distinguido á nuestras Misiones es prenda de que os dignaréis insertar esta carta, en la que he hecho una débil pintura de nuestro triste estado.

KUMAMOTO (Japón)

La Obra de los catequistas

El Rdo. P. Juan María Corre, de la Sociedad de Misiones Extranjeras, misionero apostólico en el Japón Meridional, y profesor de teología en el Seminario de Nagasaki, con fecha 13 de Diciembre último nos escribe desde el Japón, donde veinte años ha trabaja en aquella parte de la viña del Señor, que regaron en otro tiempo con sus sudores y su sangre muchos misioneros y mártires españoles:

Todo el mundo sabe lo que es el Japón. La guerra sinojaponesa lo ha dado á conocer en todo el universo. El pueblo japonés es el más bello de los pueblos paganos que existen al presente. Si se convierte, prestará grandes servicios á la Iglesia.

Uno de los principales medios de conversión es la Obra de los catequistas. Los misioneros y los sacerdotes indígenas no pueden abarcarlo todo; necesitan cooperadores, y éstos son los catequistas.



DOS CATEQUISTAS DE KUMAMOTO

Colocados entre el mundo pagano y el sacerdote, los catequistas van en busca de las almas de buena voluntad, con el fin de atraerlas á la fe, y prepararlas para el bautismo, etc. Sin ellos el sacerdote es como un capitán sin soldados.

La mies es grande; pero el número de operarios muy corto. Convendría tener catequistas, por lo menos en los principales centros. Entonces bastaría que el misionero visitase de vez en cuando á los nuevos converti-

dos, para dirigirles y administrarles los Santos Sacramentos.

Esta Obra requiere muchos gastos, pues desde luego hay que fundar establecimientos de instrucción con oratorios anejos. Además, forzoso es contribuir á la subsistencia de los discípulos todo el tiempo que se instruyen, si son pobres, que es lo más frecuente. Por último, debemos mantener á los catequistas, necesitándose para cada uno de ellos quinientos francos anuales.

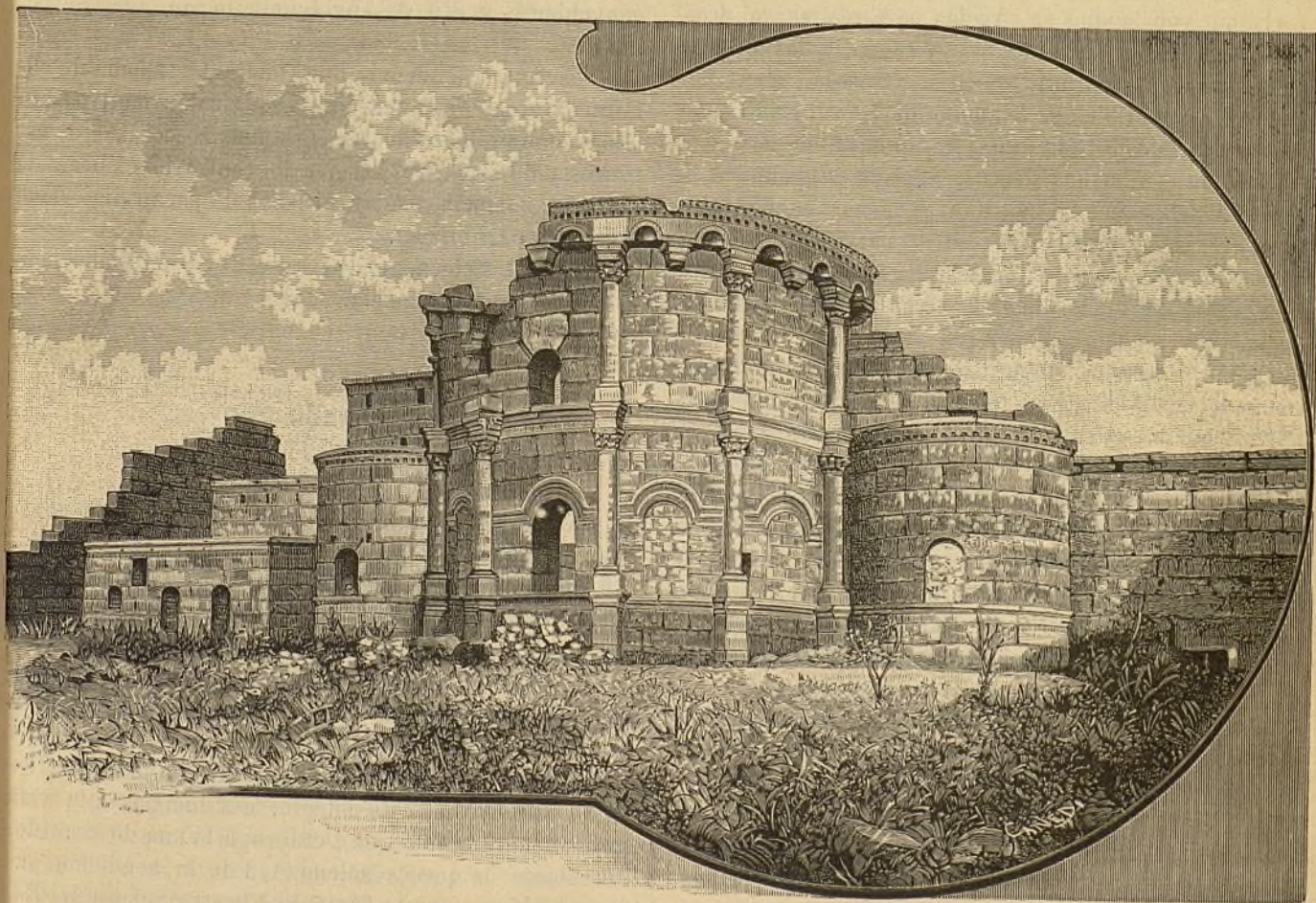
Recomiendo á las oraciones y á la caridad de los lectores la Obra de nuestros catequistas. Contribuyendo á ella convertirán muchas almas, entre las cuales surgirán tal vez Santos Ambrosios y Agustines, Santas Mónicas y Claras, pues cuando un pueblo se convierte, Dios suscita de su mismo seno apóstoles y santos. Quien proporcione el sustento de un catequista, que trabajará en su lugar, es como si él mismo se hiciese misionero. ¿Cabe emplear mejor el dinero?

Pueden dirigirse las ofrendas al R. J. M. Corre, misionero apostólico en Kumamoto (Japón), ó remitirlas al P. Hinard, director de las Misiones Extranjeras, calle du Bac, 128, París.

MARRUECOS

Inauguración de una Asociación bajo el Patrocinio de San Luis Gonzaga.—Celo de los misioneros

Desde Tánger escriben con fecha de 4 del próximo pasado mes de Enero, la siguiente carta, por la que se ve el celo y fruto con que trabajan los Padres misioneros españoles.



SIRIA.—Qala'at Sem'an: Exterior del ábside oriental de la basílica de San Simeón Estilita (siglo V). (Pág. 87)

EL día 1.º de año tuvo lugar en esta ciudad una función extraordinaria con motivo de inaugurarse la Asociación que bajo el patrocinio de San Luís Gonzaga y con el fin de congregar en ella á la juventud tangerina, han establecido los reverendos Padres Franciscanos de la Misión.

Difícil cosa es preservar del error á los jóvenes católicos, en los calamitosos tiempos que corremos; y en esta ciudad es tanto más difícil que en otros puntos, por cuanto aquí se practican religiones diversas, y los que por desgracia profesan las falsas viven en contacto y continuo comercio con los que por la misericordia de Dios se hallan dentro de la Religión de Jesucristo, única verdadera. Claramente se ve que esto es no sólo grande obstáculo para los progresos del Catolicismo, sino además grave riesgo de perder la fe, especialmente para aquellos jóvenes que se ven precisados á abandonar las escuelas católicas y vivir algo alejados de los Padres de la Misión.

Bien comprendieron estos apostólicos varones los peligros de la juventud y la facilidad con que la confusión religiosa y los atractivos de la vida licenciosa de las sectas, echarían á perder en un momento la obra realizada á fuerza de sacrificios en las escuelas católicas, y así para evitar esos peligros determinaron establecer la Congregación de San Luís Gonzaga, baluarte que ha de defender á los jóvenes católicos de los errores y las pasiones embravecidas de la ciudad cosmopolita.

El iniciador de este hermoso pensamiento fué el celoso P. Fr. José Muniesa, quien recibió la aprobación y decidida cooperación del inteligente superior R. Padre Lerchundi.

Grandes obstáculos se ofrecían para realizar el proyecto, pero al fin todos se han vencido, y los Padres Franciscanos con el interés con que trabajan por la gloria de Dios y el bien de los hombres, han llevado á cabo la empresa. El Religioso Fr. Muniesa, sin más recursos que sus buenos deseos, empezó por reunir á la juventud tangerina, y con una pequeña tómbola pudo recoger escasamente lo necesario para adquirir una imagen de San Luís para celebrar la función y tenerla como emblema de los fines y aspiraciones de la nueva Sociedad.

La víspera de la inauguración los jóvenes engalanaron la iglesia y su puerta con arcos y vistosos adornos. Por la mañana del día 1.º, después de tocar diana la banda, los congregantes acudieron al templo á purificarse en el tribunal de la Penitencia y asistir á la Comunión general. En la función cantóse la Misa del maestro Calvó, encargándose del órgano el R. P. Lerchundi y del piano el profesor D. R. Labocetta, y predicando el R. P. Joaquín Castromán. Más de ciento cincuenta jóvenes se acercaron á la Sagrada Mesa á recibir el Pan de vida eterna.

Por la noche la banda de música ejecutó magníficas piezas, mientras que los globos y los cohetes cruzaban por los aires.

Los Padres Franciscanos no perdonan sacrificio alguno por extender el reinado social de Jesucristo, y son incansables en trabajar por el bien de sus hermanos; en una palabra, predicán y practican de modo maravilloso la caridad ardiente que brota del Sagrado Co-

razón de Cristo, y este sello que imprimen á todas sus obras, en seguridad que no ha de faltar en la que acaban de inaugurar.

Ya le escribí los grandes servicios que la Misión nos prestó á todos los ciudadanos durante los aciagos días del cólera; aquello, como V. sabe, no fué más que una muestra de los innumerables beneficios que los Padres misioneros dispensan: hoy me complazco en copiar aquí las siguientes palabras del M. I. Salvador Sanchez Vinuesa, canónigo de la santa iglesia Catedral Primada de Toledo, que no ha muchos días publicó un periódico madrileño:

«Las relaciones amistosas entre España y Marruecos, de que fué una prueba el convenio concluído en Tánger á 30 de Mayo de 1870, ¿no se debieron muy principalmente á la iniciativa é influjo poderoso de las Misiones católicas, sobre todo al celo de su viceprefecto Fr. José Bottar?

«Y cuanto á lo que actualmente ocurre, con nombrar al P. Lerchundi está dicho todo. Ante el trono de los reyes como ante el acatamiento del Soberano Pontífice, con singular admiración de Europa se han visto demostradas las simpatías que inspira á los árabes este humildísimo Religioso. Por eso puede afirmarse, sin que haya hipérbole en el elogio, como su figura, personificación de las Misiones Católicas, tiene tanto relieve que se necesita estar ciego para no verla, como su influencia es tan poderosa que se necesita obcecación inexplicable para no admitirla.

«El P. Lerchundi es una gloria nacional; su acción es fecunda en grandes beneficios, así para los sublimes intereses de la Religión como para que influya en el conveniente y útil desenvolvimiento de nuestra política.

«Nosotros entendemos que rendir testimonio de admiración á las Misiones católicas, es dar motivo para que se enorgullezca noblemente nuestro corazón de católicos y de españoles; hacer lo contrario es negar la luz y la evidencia, es dar pruebas de poca religiosidad y de poco patriotismo.»

Y con estos elocuentes párrafos doy por terminada la presente correspondencia.

FERNANDO POO

Inauguración de una iglesia

YA había tiempo, escribe el R. P. Alejandro Sanz, Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, que nuestros Hermanos de Concepción deseaban inaugurar la iglesia que con gran consuelo de su alma vieron terminada después de muchos trabajos.

Era el R. P. Juanola el llamado para bendecir la nueva iglesia; mas no pudiendo verificarlo, delegó la facultad en el infrascripto, residente en Santa Isabel, y en compañía del P. Albanell y del H. Tonijuan, más los niños cantores de este colegio, nos hicimos á la vela con ballenera el día 3 de Octubre, á la una de la tarde, con objeto de que la solemnidad de la bendición pudiera verificarse en la fiesta de Nuestra Señora del Rosario.

Desde las ocho de la mañana del día siguiente estábamos viendo nuestra casa, que en medio de la espesura del bosque se destacaba blanca cual vellón prendido entre zarzales, y cuanto más deseábamos llegar, tanto más fuertes eran los obstáculos y menos las fuerzas para vencerlos; hasta tal punto que creíamos perder la embarcación entre las piedras, contra las cuales nos arrojaban las olas. En aquel momento tomó un remo el patrón del bote, y con el esfuerzo que hizo rompió el remo, pero nos sacó del peligro. Por fin arribamos á la playa de la Concepción á las siete de la noche, y tomamos el descanso como pudimos, y á las cinco de la madrugada emprendíamos la marcha hacia la casa, distante de la playa hora y media. Todos nuestros Hermanos estaban buenos, como también los indígenas de la Misión. Todos aguardaban con ansia nuestra llegada. La bendición había de ser al día siguiente, y por tanto, se empleó la víspera en disponer las cosas para la función. Por la mañana soltamos una paloma mensajera á Santa Isabel, anunciando á nuestros Hermanos la llegada. El domingo un repique de campanas y animado tiroteo desde las troneras de la torre anunciaban las solemnes ceremonias que en breve iban á comenzar. A las siete soltamos otra mensajera á Santa Isabel, con el objeto de que supieran nuestros Hermanos el momento en que bendecíamos la iglesia, mas la isla estaba cerrada de nubes, y no llegó la paloma hasta el día siguiente. Se bendijo, pues, la iglesia, y á continuación se cantó la Misa por el coro de niños de ambos colegios. No es para describir la general emoción que se notaba; pero sobre todo la del Padre predicador, quien, considerando al Señor en la pobrísima capilla en que estaba antes y en el nuevo templo al cual se le había trasladado, no pudo menos de derramar tiernas lágrimas. Gracias mil sean dadas al Señor y á la dulce Madre, que con sus auxilios se levantó el nuevo templo tan necesario. Es más grande que nuestra iglesia de Santa Isabel. Mide veinte metros de largo por ocho de ancho y unos doce de alto. Tiene un solo altar, de estilo gótico, con cinco hornacinas, y en la del centro la imagen del Corazón de María, á quien está dedicada, y por cuyo medio esperamos que descenderán en abundancia sobre estos nuevos católicos las bendiciones del cielo.

TAITA (Zanguebar)

Como se curan los males de la vista en Taita.—Enfermedades y ritos religiosos de los taitas

El R. P. Mevel, fundador de la reciente Misión de Bura, establecida entre la célebre montaña del Kilima-Ndjaro y Mombasa, escribe lo siguiente, acompañado con algunos grabados, al ilustrísimo Courmont:

HACE un año que plantamos nuestra tienda en este rincón aislado del Zanguebar, donde las costumbres son tan diferentes de las de la vieja Europa. Aquí los hechiceros se burlan de una manera increíble de esta población sencilla y supersticiosa, como puede verse por el siguiente caso:

Volvía yo de visitar á un enfermo, y al salir de un bosquillo me hallé sin pensarlo en una regular aldea. Algunos hombres estaban sentados junto á una mujer y

tres niños que, según me dijeron, padecían de la vista, y el hechicero preparaba un remedio eficaz que debía curarles radicalmente.

Nuestro hombre toma una actitud majestuosa y solemne; lanza una mirada escrutadora á la asamblea recogida; vuélvese de cara al Oriente, y luego fija bruscamente sus miradas en la cima elevada, blanca y misteriosa del Kibo, la más alta del Kilima-Ndjaro, pretendida morada de los espíritus. (*V. el grabado de la pág. 85*). Luego, de tres calabazas que lleva pendientes del cuello saca polvos negros, blancos y amarillos, y los mezcla en una nuez de coco, que llena de agua, haciendo disolver el contenido. Tomando después una cola de vaca la pone en la cabeza de la paciente, á quien obliga á beber el brevaie misterioso. Una mujer presenta entonces dos vasijas de *temba*, y la enferma bebe un poco de una de ellas; la vacía luego el hechicero, mientras los asistentes despachan la otra vasija, lo que pone á todos muy alegres.

Mas de súbito el curandero impone silencio: toma un gallo y le corta la cresta, que pasa por las sienas de la enferma y luego por las de los muchachos: acto seguido coge el gallo por las patas, y le hace dar tres vueltas en torno de la cabeza de la mujer, á quien despide después de decirle breves palabras en voz baja.

Pregunté entonces si la enferma no padecería ya mal de ojos. Todos sonrieron, y contestaron:

—Antes de la completa curación hay que pagar aún tres gallinas.

Al proseguir mi camino aquellas buenas gentes mostraron algún sentimiento, y así procuré consolarles diciendo que volvería, y con remedios más eficaces que los de su hechicero.

—

Quando muere un niño ó un adolescente, lo entierran sin llorarle, sin ruido y sin ceremonia, en la primera espesura que se ofrece: ponen una ó dos piedras sobre su tumba, y ya está hecho todo.

Si el taita difunto es adulto ó casado, el procedimiento es muy distinto. Así que el hechicero juzga que la enfermedad es grave, sacan al paciente de su choza y le ponen á la sombra de algún árbol aislado, donde permanece al aire libre, acostado en una piel de cabra. Todos los habitantes de la aldea, hombres y mujeres, grandes y pequeños, se reúnen á su alrededor, y luego la mujer más anciana, y por lo común la más fea y apergaminada, entona el canto de dolor, acompañándola todos los presentes con gritos y gemidos, que forman una algarabía endiablada. Nadie está exento de tomar parte en estas demostraciones, ni siquiera los transeúntes, que no deben continuar su camino sin mezclar sus voces discordantes á ese tumulto indescriptible. Desdichado del que se mostrase insensible al dolor del paciente, ó se dedicase á cualquier otra faena que la de llorar y gritar, pues al instante se le tendría por sospechoso, y si el enfermo sucumbiese podría achacársele su muerte por no haber gemido cuando los otros se lamentaban.

Este *modus lugendi* se renueva el día siguiente al primer canto del gallo, y se repite de ordinario al medio día y al anochecer, prolongándose entonces hasta que un ligero sueño cierra los párpados de los que ve-

lan, acallando un instante su dolor. Sin embargo, no es raro oír á las mujeres del enfermo llorar y dar gritos una noche y un día enteros, no cesando sus lamentaciones hasta que caen extenuadas.

Cuando el enfermo está á punto de expirar renuévanse á más y mejor los lloros y gritos, que continúan hasta que el moribundo ha exhalado el último suspiro. Entonces le despojan de sus joyas de latón, de sus abalorios y cadenillas, ábrese una zanja de cincuenta centímetros cerca de la choza, y lo entierran. El día siguiente, dos ó tres piedras ú otras tantas estacas fijas en el suelo indican el lugar donde descansa el jefe de la familia. Algunos días más tarde, un cobertizo hecho con hojas secas protege la tumba contra la intemperie.

Dos ó tres años después, cuando enferma algún habitante de la aldea ó alguna ave de mal agüero hace oír estridentes gritos en las tinieblas de la noche, recuerdan la tumba abandonada, y extraen de ella el cráneo del jefe de familia, que conservan en la choza dentro de una vasija de tierra, si bien otros, menos sensibles y escrupulosos, lo colocan en los agujeros de las peñas más cercanas.

A esos antros solitarios se retira el taita para evocar el alma de sus antepasados. El cráneo se convierte en una reliquia preciosa y un objeto de culto que veneran y consultan en los momentos solemnes de la vida, como en los casos de guerra, de hambre y de enfermedad. Cada vez se hacen abundantes libaciones, rociándose al venerado jefe con el licor tan grato á todo corazón taita.

Aquí, como en tantas otras tribus salvajes, al sobrevenir la muerte tiene que declarar el hechicero si es natural ó debida á la malevolencia. Justo es decir que raras veces se atribuye á los maleficios. Sin embargo, una vez vi á un desdichado víctima de esta torpe creencia: tuvo que dar la vida para calmar los temores de sus congéneres, que consideraban perjudicial su existencia.

Si en esta parte del Zanguebar la costumbre no exige la hoguera para esos pretendidos culpables, ha sugerido un suplicio análogo, igualmente bárbaro, pero más expedito: la estrangulación. Pasan una cuerda por el cuello del condenado á muerte, y luego dos individuos tiran en sentido contrario hasta la extinción completa de la existencia del infeliz de quien quieren deshacerse.

ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO, POR EL R. P. FR. ENRIQUE VACAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

VI

Los dioses y su divino néctar

VIVEN los jívaros en el vasto país oriental contenido entre el Chinchipe y el Bobonaza, y á orillas de los grandes ríos que lo cruzan, como dilatada red, en toda dirección. Se dividen en tribus más ó menos amigas ó enemigas entre sí, que ocupan grandes extensiones determinadas del bosque; con las primeras se relacionan por mutuas alianzas y comunicase con

parentesco y comercio, y de las otras les separan venganzas y odios mortales llevados hasta el delirio. Ordinariamente toman el nombre del río á cuyas márgenes, alumbradas por inmensas hogueras, pasan las noches pescando, y donde se complacen el día en zambullirse cual diestros patillos, agitar las ondas y romperlas con el remo y la canoa.

La raza jívara es muy inteligente, bien formados sus individuos y robustos: su talla rebosa felices proporciones, y aunque mediana, parece grande; la cabeza erguida y majestuosa, el andar soberbio é inquieto revelan vivacidad y firmeza: en el jívaro todo es natural, movimiento, vida, exuberancia: el rostro graciosamente redondo, la nariz algo aplastada, pero refuérzanle grandes ventanillas; la cabellera abundante, negra y sedosa, dividida en crenchas, suelta al desgaire ó colgada en guedejas; el color tostado por el clima y el descuido, pero no negro; es tipo atrayente y simpático, el tipo más perfecto del indio, y que poco ó nada deja que desear al tipo europeo.

Retirémonos de Macas, y vamos á estudiar de cerca esta interesante raza de la especie humana. Bajemos la rápida cuesta del río á cuyas orillas nos hallamos, y caminemos por una senda embovedada de verde y tupido ramaje que nos impide mirar el manto azulado del firmamento; poco después esguacemos algunos arroyos y nuestras plantas oprimen finísima arena, nuestros ojos miran el cielo despejado, quiero decir que nos hallamos entre la hermosa algaida del Upano. En efecto, algunos pasos más y el río se nos presenta imponente y majestuoso, raudo y atronador. Una regular canoa que á la marejada del agua se mueve como corcel inquieto y agitado, nos va á pasar al otro lado, hundiéndose su quilla en la corriente y rompiendo encrespadas olas, como una flecha rompe el aire y se dirige al blanco que asesta (1). Sigamos quince minutos por la playa, trepemos la pendiente, y henos en pleno salvajismo, engolfados en medio del océano de las selvas de la jivaria: vamos á buscar la choza de los hijos de la soledad, como se busca el cubil del león, el nido del pájaro ó una nave perdida en medio de las ondas agitadas del Pacífico.

Efectivamente, no tendría idea exacta quien creyera encontrar grandes centros de población entre los jívaros: sus habitaciones están aisladas unas de otras á inmensas distancias; cuatro, seis, diez, veinte kilómetros se puede andar, muchas veces, sin encontrar una sola, y quien no está acostumbrado á recorrer por aquellos caminos, semejantes á catacumbas de follaje y verdura, ó no lleva guía de confianza, puede caminar semanas enteras, seguro de no encontrar ninguna, ó quizás quedarse como una gota de agua que cae en el gran Amazonas, sin saber á donde va, ni donde se encuentra, si desaparece el traicionero guía y lo deja abandonado. Pero lo más horrible, lo que á uno le tiene siempre sobresaltado, con el ánimo inquieto y con el cabello erizado, es pisar incautamente sobre una hojarasca engañosa que se hunda bajo las plantas, dejando suspendido el cuerpo en una docena de agudas picas; ú opriman los pies al descuido ciertos mimbres tendidos entre una dilatada red de tantos otros, ó se muevan ciertos

(1) Aquí las Canoas no pueden pasar sino con suma rapidez.

flexibles bejucos de tantos que imitan la jarcia y el cordaje de un navío; porque saltarán al momento un centenar de lanzas, como serpientes, y las del frente pasarán hasta las espaldas, y las de atrás sacarán la punta por el pecho, y las de los costados se cruzarán por todo el cuerpo.

Naturalmente, no todos los alrededores de las casas están sembrados de tan horripilantes maquinarias, á cuyos peligros no escaparía la vida de propios ó ajenos, de amigos ó enemigos. Pero cuando el jívaro está seguro de un asalto bélico, no tarda en prevenirse y defender la casa de esa manera.

Las casas de los jívaros son semejantes á las de los macabeos, pero notablemente más altas y á veces mucho más grandes, como que deben albergar cuatro, seis

ta presto, toma la lanza, se previene para la defensa y se prepara al combate.

Cuando el jívaro amenazado es capitán ó persona de prestigio, construye un fuerte de defensa de lo más notable. Consiste en un cuarto de tres metros cuadrados, con piso de duros palos, techo y cubierta comunes, rodeado de chonta y caña picada sólo hasta la altura de un metro; pero no, lector, no en el suelo, sino suspendido de cuatro robustos postes escogidos de los troncos más resistentes, á la altura de cuarenta y hasta cincuenta metros.

La torre ó fuerte de guerra de Nankijukima fué el más alto que se vió jamás en el Oriente. Como famoso capitán había celebrado muchas veces la fiesta de *zhanzhas* (1), casi desde la edad de treinta años: vanidoso



SIRIA.—Qala'at Sem'an: Vista del patio del convento (siglo V). (Pág. 88)

y ocho matrimonios, ó lo que equivale á lo mismo, ó cosa peor, dos y tres hombres con tres, cuatro y más mujeres cada uno; se elevan sobre postes de chonta en forma cuadrada unas y elíptica otras, y la techumbre tejida y trabajada con finura y delicadeza con hojas de hermosa palma. Ordinariamente están descubiertas por los costados, pero cuando sabe el jívaro que tiene enemigos, trabaja día y noche de manera incansable, hasta circunvalarla toda entera con pared de tablas de dura chonta; y tan sólo deja dos angostas puertas á los extremos, de las cuales sirve una para las mujeres y la otra para los extraños y las visitas. Como tiene la vida siempre asechada, vive sobre las armas y duerme junto á ellas: al menor ruido, durante la noche, se levantan

y lleno del deseo de sobreponerse á los suyos, construyó la casa más elegante, más espaciosa y elevada de todas las que se habían edificado en la jivaría; cabrían allí jugando y bailando desahogadamente mil personas. Cuando se vió acometido por los vengadores de los *zhanzhas*, cuyas fiestas había celebrado, levantó el castillo de costumbre, pero el más famoso y encumbrado que cabe en el poder de un salvaje. La casa estaba sobre una alta colina despejada de bosque, pero cubierta de hermoso yucal, de dorados plátanos y otros frutos deliciosos, á orillas del Cetuchi, afluente del Morona; medía la altura máxima del edificio veinticinco metros,

(1) Cabeza humana disecada y reducida al tamaño de una naranja.

cuyo ápice tocaba el fuerte. Ocupaban éste un formidable *tunduli* (1), cantidad de piedras arrojadizas, multitud de lanzas de chonta de forma horripilante, hachas, machetes, cuchillos y un buen rifle, sistema Winchester, repleto de tiros, proporcionados por los peruanos de Iquitos, en cambio de una cabeza humana disecada (*zhanhza*). Las faldas de la colina, cubiertas del bosque, estaban erizadas en contorno de simbras y hoyos que amenazaban con muerte horrorosa.

Los enemigos no podían acometer de frente á Nankijukima, tanto porque la táctica militar del salvaje consiste en la sorpresa, como porque conocían la imposibilidad de vencer á un capitán de tanta fama y tan bien preparado á la defensa. La casa estaba rodeada de peligros, y como el fuerte dominaba á inmensas distancias sobre la superficie del Cetuchi, era inaccesible por todas partes; y Nankijukima descansaba y dormía tranquilo sobre sus máquinas de guerra.

Una noche, sin embargo, advirtió en medio del bosque y á la distancia de cuatro leguas, un vivo reflejo de luces, al parecer numerosas y de resina de copal, por cuanto ascendían multitud de columnitas de humo al firmamento empañando el límpido horizonte bañado por potente ondulación de los pálidos rayos de la luna. «Son enemigos,» dijo, y en el acto resonó atronador el *tunduli*, en señal de asalto. Descubiertos de esta manera los agresores, al momento oprimieron contra el suelo los hachones que llevaban á la mano, volvieron las espaldas y se precipitaron por el mismo camino que allí los condujera. Felizmente, cuando Nankijukima al siguiente día voló tras ellos, no les dió alcance y escaparon sus cabezas de la terrible cuchilla y vengadoras balas del capitán perseguidor.

Varias veces se repitió la misma escena sin ningún resultado y hasta con bajas de parte de los enemigos de Nankijukima, que desesperaban ya de matarlo por asalto, mientras dominase la superficie del bosque y del río el famoso castillo. Pero cierto día cebóse en el fuerte un titánico huracán; crugieron los postes del edificio, y éste quedó envuelto, durante cinco minutos, en una nube que subía en espiral, como monstruosa serpiente, que apretándolo entre rápidos, violentos y numerosos anillos, lo iba arrastrando á sepultar en el Cetuchi, y la colina quedó tan limpia y pelada como el día primitivo de su creación.

Los jívaros son pobres en extremo, y el menaje de su casa se puede inventariar de la manera siguiente: pocas ollas y platos de barro y una canasta para cargar á las espaldas, propiedad de las mujeres; una hacha, una lanza y algunos perros para la caza, propiedad exclusiva de los hombres; y una cesta que contiene un *itipi* (vestido de hombre), un *tarachi* (vestido de mujer) y algunas baratijas. Pocos tienen duplicados estos últimos efectos, y quien los tiene triplicados es considerado como rico, y si alguno los cuadruplicare, se ufanaría en tal grado de su riqueza, que no envidiaría ni la de Crespo.

(1) Tronco hueco que produce un sonido semejante al de bombo, pero mucho más fuerte. Puesto en un cerro, resuena á la distancia de leguas. Sirve para convocar á guerra, anunciar duelo, alegría, fiesta, y también para pedir auxilio en una desgracia.

Los jívaros se mantienen con yuca, raíz bulbosa, de mucha substancia y filamento muy delicado; es superior á la zanahoria y á la papa más fina, y con el sabroso plátano que les sirve de pan, cuyas sementeras cultivan las mujeres alrededor de la casa. Además tienen abundante caza y pesca, en lo que se ocupan ordinariamente los hombres.

El vestido de los hombres es un lienzo de algodón de color café, denominado *itipi*, de vara y media de largo y media vara de ancho, que traen ceñido á la cintura; es todo el ropaje que visten. Las mujeres cúbrese con otro lienzo más largo del mismo color y á manera de una camisa sin mangas, que se llama *tarachi*. Las demás partes del cuerpo, á falta de vestido, cúbreñas con pinturas: píntanse el rostro, el pecho, los brazos y las piernas en mil fantásticas y ridículas figuras con el rojo color de achiote y el negro azulado de una corteza llamada *zula*.

La pintura indudablemente es la parte principal de la coquetería de los salvajes; pero complétanse los atavíos de gala con multitud de cascabeles, conchas, huesos de frutas, simientes, despojos de animales, ya colgados de la cintura, ya terciados, como banda presidencial, del hombro derecho al costado izquierdo; collares de dientes de mono y tigre, redecillas de chasquirra artística y elegantemente entretejidas con finísimos huesecillos, gargantillas de gruesas sargas de avalorios, brazaletes de pellejas de culebras, diademas de mimbre adornadas de plumas y pendientes, en rededor aves y colibrís preciosísimos, palillos que traspasan las orejas y tienen suspensos en los extremos alas de moscardones de brillo deslumbrador... y otras mil curiosidades muy raras.

Los lechos (*peakas* en jívaro) son tantos cuantas son las mujeres casadas; quien no es casado no lo tiene, y duerme en el suelo limpio como cualquier animal. La *peaka* es armazón de toscos palos de metro y medio cuadrados y cuarenta centímetros de alto, está cubierta de caña picada, y desnuda no sólo de lujo, sino aun de lo más necesario al descanso del cuerpo; nada suple lo suave y mullido del colchón, nada la comodidad de la almohada, ni el agradable calor de las mantas, ni siquiera la tela más insignificante. Deja reposar el salvaje el tronco del cuerpo sobre la *peaka*, y cuelga los pies sobre las brasas, que cuidan las mujeres de alimentar durante la noche, para calentarse al amor de la lumbre.

Apenas despierta, la mujer prepara la infusión amarga de *guayusa*, para el marido y los hijos, á quienes se la presenta tibia, para que al beberla puedan excitarse á vómito: la beben, lavan la boca y el estómago é incontinenti la arrojan. A los niños se les acostumbra desde tiernos. En seguida cuantas mujeres tiene el señor de la casa, le rodean con sendas *piningas* (1) desbordantes de blanquísima chicha, semejante á fresca y caliente leche que acaba de ser extraída de las tetas de una vaca.

Mientras tanto el soberano y rey de la familia (que lo es en todo el sentido de la palabra) principia un lar-

(1) Pininga, plato grande y hondo de barro en que las mujeres sirven comida y chicha, y cabe más ó menos litro y medio de líquido.

go y patético discurso, cuyo contenido casi siempre se reduce á ensalzar sus hazañas, glorificar á sus mayores, engrandecer á sus amigos, deprimir á sus enemigos... Cuando están presentes los hijos, añade:

—Fulano, Zutano y Mengano son enemigos nuestros, mataron á nuestro abuelo, robaron á nuestras hermanas, quemaron la casa de tal pariente, asaltaron hace treinta años la tribu, ha como veinte años que me injuriaron... Yo tengo hijos para que me venguen; ésta es su más estricta obligación y el más sagrado de todos sus deberes. Benditos los que así lo hicieron: la abundancia llenará su casa, la yuca crecerá florida y sabrosa, nunca les faltará chicha, y el plátano que comieren les será agradable y delicioso; su familia será dichosa, y los hijos numerosos crecerán robustos y valientes á imitación del padre; se multiplicarán los cerdos, cazarán bien los perros, su lanza será terrible, y certera la flecha de su *pukuna* (1); saldrán vacíos á caza y á la pesca, y tornarán cargados de despojos; por donde pasaren derramarán el terror en torno de los enemigos, y quedarán siempre victoriosos contra ellos; el mismo genio negro de la selva los respetará y jamás podrá hacerles ningún daño... Por el contrario, malditos los hijos cobardes, de ánimo apocado y pusilánime que no ensalzaren las cenizas del finado padre, vengándole de los enemigos y dejándole humillado y confundido con el polvo: no cumplen el más sagrado de los deberes. No hallen tampoco quienes venguen sus cenizas; duermen inquietos el sueño del eterno olvido sin encontrar descanso; pasen los enemigos hollándoles con impura planta, y sirva su cabeza de trofeo al vencedor...

De esta manera mama el niño con la leche de la madre, venganza y eterno odio contra los enemigos; crecen y echan hondas raíces con las palabras y ejemplos del padre. Y hay padres tan desnaturalizados, que traen de la guerra muchachitos prisioneros para hacerlos matar por sus hijos, con el fin de que, desde niños, pierdan el miedo y horror natural de asesinar á los semejantes. Los jívaros no tienen aras ni altares; y si los tuvieran, á imitación de Aníbal, desde la más tierna edad habrían jurado sobre ellos, á presencia de los padres, no una sino mil veces al día, el exterminio de los enemigos. Todos los días por la mañana, el padre de familia insiste en lo mismo, y á falta de éste lo hace la madre, ofreciéndoles premios y recompensas, amenazándoles con maldiciones y castigos, de manera que lleguen á persuadirse que toda su ventura ó desgracia está ligada á la mayor ó menor fidelidad con que observen los preceptos y horribles enseñanzas dadas por los padres, desde el primer canto del gallo hasta el amanecer.

Mientras tanto ha apurado este pequeño sultán, este dueño de vidas y muertes, una docena de desbordantes vasos del blanquísimo licor; el sol ha comenzado á despuntar por el Oriente, y entran los primeros rayos matinales en la choza, á través de la abertura de las tablas de caña; y las ninfas agenciosas y solícitas por servir y complacer á sus señores y llenar las obligaciones para que han sido escogidas por los dioses de este Olimpo, presentan sucesivamente numerosos platos hu-

meantes de caliente yuca al Júpiter que se ha desgastado tronando toda la mañana, sin moverse del duro lecho, y á los demás dioses inferiores, es decir, á los maridos, hermanos é hijos.

Con esta comilona y la exquisita chicha que ha bebido hasta la saciedad, depone este dios terrible el furibundo y sangriento lenguaje de la mañana; se alegra y dirige miradas llenas de gracia y bondad por todas partes; recorre la casa entera, toma la lanza ó la cerbatana al hombro, el carcaj al costado lleno de enherboladas flechas; y helo aquí cazando, pescando, paseándose ó dirigiéndose en ligeros pasos á visitar á los parientes y amigos.

TIERRA DEL FUEGO

La Misión salesiana de Puntarenas

El Ilmo. José Fagnano, prefecto apostólico, escribe al reverendo Sr. D. Rúa:

ESTOY de vuelta de la Misión de Nuestra Señora de la Candelaria, situada sobre el río más grande de la Tierra del Fuego, y deseo darle algunas noticias de esta Misión, que promete ser la más grande y provechosa.

Digo la más grande, porque situada en el centro de la Tierra, es accesible fácilmente para todos los indios que viven desde el Norte hasta el Estrecho de Magallanes y para los que se extienden hasta el Cabo San Diego, abarcando casi todos los habitantes de esta gran isla. Será la más provechosa, porque los indios teniendo esta comodidad, nos presentarán sus hijos para educarlos, y sacarán mucho provecho ellos mismos, como mucho más sacará la Sociedad que se servirá de ellos para la explotación de las riquezas de esta Tierra.

Hemos dado principio á los trabajos de la nueva población, que se levantará sobre una meseta á la izquierda del río y distante unos kilómetros de su desembocadura en el mar, y unos dos y medio del puerto Torino.

Se trazó la plaza de cien metros por cien, y en medio se colocó una cruz, el asta de la bandera, y se trazaron las calles de veinte metros de ancho. En la manzana al Oeste de la plaza se levantó la iglesia y á sus lados los colegios y escuelas para los varones y niñas.

En las otras manzanas se levantan las casas para vivienda de los indios, todas simétricas, ocupando cada casa una superficie de veinticinco metros por cincuenta, dando frente á la calle, de modo que forman ya una verdadera población, lo que atrae la admiración de los salvajes.

Estos ahora ya tienen limitadas sus correrías, y son echados de los terrenos que los particulares han adquirido de los Gobiernos de Chile ó de la Argentina. No pueden, pues, encontrar con facilidad los alimentos, y se ven obligados por el hambre á quitar ovejas ó caballos á los arrendadores, quienes alejan con las armas á los infelices indios.

Es, pues, urgente proveer á la Misión de animales para la manutención de los indios. Lo mejor sería llevar ovejas, que se aclimatan bien en estos parajes, y pueden dar ocupación á los indios que las guardarian, y provecho con su carne, lana y quesos. A mi parecer no

(1) Pukuna, cerbatana.

hay otro medio más adecuado que éste para civilizar á estos indios, y al mismo tiempo más económico; mas ¿cómo nos arreglaremos con sólo los recursos ordinarios? Los pocos animales que se pueden llevar, desaparecen en seguida por la concurrencia de tantos indios á quienes debemos alimentar para poder atender á su instrucción religiosa; y concluídos los pocos recursos con que contamos, esos infelices se ven obligados á alejarse para buscar su sustento en parajes lejanos, y no pueden volver tan pronto, por la distancia y por la incertidumbre de encontrar alimentos en nuestra estación.

Como V. ve, querido D. Rúa, con el desarrollo de la Misión deben crecer los medios de personal y de recursos materiales adecuados. Ahora le daré cuenta de mi viaje.

Salimos la noche del 30 Marzo de Puntarenas; á las tres de la tarde del 31 llegamos á la desembocadura del Estrecho, y á la madrugada del día 1.º á la embocadura del río, mas el tiempo al cabo de tres horas de navegación empezó á nublarse, y agitarse la mar de modo que tuvimos que alejarnos de la tierra á las diez de la noche, y continuó todo el día azotándonos con mar gruesa, que, si no ponía en peligro al vapor, nos incomodaba mucho, en particular á las Hermanas.

Como á la media noche calmó un poco el tiempo y pudimos dirigirnos en busca de tierra, pues tanto nos habíamos alejado, que no la veíamos. A las ocho empezamos á divisar las alturas de las montañas, y á las nueve el Cabo Sunday, que se halla al Norte de la embocadura del río.

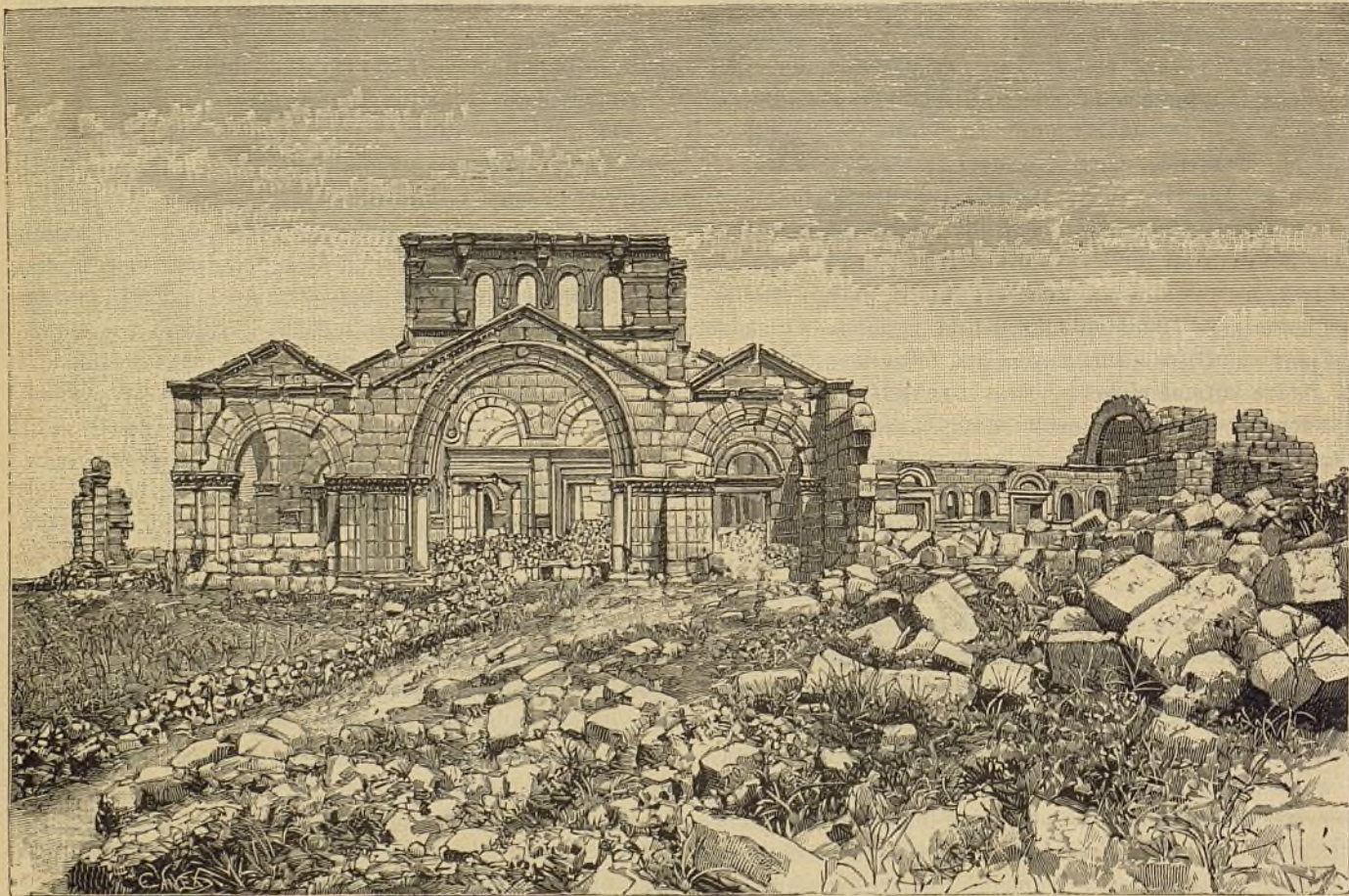
A las diez llegamos frente al río, y esperamos una hora á que subiera la marea, pues sólo en tiempo de pleamar se puede entrar en él. A las doce en punto fondeamos en el puerto Torino.

Ya los HH. Ferrando y Bergese habían avistado el vapor y se preparaban á bajar á la playa con los carros para la descarga. Al llegar nosotros bajó la marea, y el vapor se encontró completamente en seco, sobre la arena. Al bajar nos rodearon los indios, que se admiraban mucho de las Hermanas, de su vestido y de las afables maneras con que les trataban, y mientras á pie salvábamos la distancia del puerto á las casas, algunos se acercaban á mí riéndose á carcajadas y saltando de contento, golpeándome el hombro y preguntándome siempre: «¿Cómo estás?» pues sólo estas palabras habían aprendido.

Llegamos á la nueva casa, y allí corrieron las mujeres á ver el maravilloso espectáculo que, según ellas, les ofrecía la vista de las Hermanas. ¡Con qué gusto vinieron las niñas! y ¡con qué contento veían las Hermanas el nuevo campo de sus trabajos!

Dejo á un lado la sorpresa de los hombres y de los niños al oír cantar, y ver coser y lavar á las Hermanas, y sólo diré que yo en mi interior lloraba de consuelo considerando el futuro desarrollo de la Misión, el sueño dorado de D. Bosco y nuestras esperanzas realizadas.

Al día siguiente con el niño Pedro salí á buscar á una tribu de indios que creía muy lejos, pero la encontré de camino hacia nuestra Misión, donde esperaban encontrar algunos recursos para poder vivir y amparo contra los malos indios y los desdichados cristianos. Me decían



SIRIA.—Qala'at Sem'an: Pórtico de la basílica de San Simeón Estilita. (Pág. 87)



ZANGUEBAR.— El Kibo. (Pág. 79)

que los *blancos* habían matado á dos á balazos, y que ellos habían podido escapar. ¡Cuánta pobreza, cuánta desnudez y miseria! Con tanto frío (5° centígrados bajo cero), la mayor parte no tenía con que cubrirse. Llegamos cerca de dos casas, levantaron una especie de rancho, y después se acercaron á nuestra casa para ver y saludar á los recién llegados.

No les permití que vieran á las Hermanas en aquel estado; les distribuimos mantas para cubrir su desnudez, les lavamos, y después los enviamos á sus ranchos, donde les dejamos para salir.

Tranquilizaos, queridos indios, yo iré á Italia y haré ver vuestro estado y las miserias que sufrís, si es que me prometéis ser buenos, y espero que el corazón de mis Superiores se moverá á darme personal, y el de los cooperadores nos proporcionará los recursos necesarios para vuestra salvación.

Querido D. Rúa, espérame pronto con mucho personal listo y recursos, que serán la salvación de la Tierra del Fuego, y bendígame con todos los hermanos.

MISIÓN DE YAKIMA EN LAS MONTAÑAS BERROQUEÑAS

(ESTADOS UNIDOS)

RELATO DEL P. VÍCTOR GARRAND, S. J.

I

ENTRE las obras á que dedica sus desvelos en los Estados Unidos de América la Compañía de Jesús, figuran la conversión y la civilización de lo que resta de las tribus indias en las Montañas Berroqueñas y territorios colindantes.

La Misión fué fundada en 1840 por el célebre P. de Smet, quien recorrió este inmenso territorio, evangelizando con palabra tan arrebatadora que se conserva todavía su memoria. Pronto se le unieron otros predicadores de la divina palabra; mas la guerra hecha á los indios en 1855-56, y en seguida la persecución violenta del presidente Grant contra los católicos, aniquilaron buena parte del fruto obtenido.

En la mayoría de los territorios colonizados por protestantes, sobre todo por los anglosajones, el sistema seguido con los indígenas, cuando se niegan á trabajar ó á pagar los impuestos, es su exterminio puro y simple. Proceden primero á tiros, esté ó no declarada la guerra, y luego echan mano del aguardiente y de otras bebidas espirituosas adulteradas. Este último medio, menos odioso en apariencia, ha sido ciertamente el más mortífero. Así es como en Tasmania y Australia apenas queda un indígena, y en Nueva Zelandia disminuyen rápidamente. En los Estados Unidos las tribus florecientes contábanse por millares, y hoy apenas se estiman en algunos centenares de miles el número total de indios que viven aún en el país, confinados en terrenos semiestériles que los aventureros buscadores de oro invaden de continuo.

Cierto que el Estado en ciertas épocas hace mucho por los indios, pero los diversos funcionarios inutilizan en gran parte sus efectos, pues más de la mitad de las sumas destinadas á los indios quedan en manos de esos agentes, y muchas insurrecciones de los indígenas reconocen por causa, como es notorio, el que las raciones destinadas á alimentar á aquellos infelices durante el invierno, no les son distribuidas.

Al contrario, en países colonizados por católicos, en el Canadá, en Méjico, en toda la América del Sur, si bien los indios fueron maltratados en el momento de la conquista, no han sido sistemáticamente destruidos; han vivido y viven al presente, se multiplican y forman un elemento importante de la población. Estos hechos son innegables.

Acostúmbrese en los Estados Unidos declarar que es imposible civilizar á los indios, que son perezosos que á nada quieren dedicarse, y que están malditos y destinados á desaparecer. Oiréis á gentes muy honradas, y aun á ciertos católicos, repetir esta frase que aquí ha pasado casi á proverbio: *The best Indian in the dead Indian*: «El indio mejor, es el indio muerto.» Y nosotros, Jesuitas de las montañas Berroqueñas, somos más bien tolerados que queridos por la población católica, á pretexto de que hacemos demasiado por los indios y asaz poco por los blancos.

Nuestros indios tienen defectos, somos los primeros en reconocerlo; pero se olvida con mucha frecuencia en nuestros días que la civilización de un pueblo, de una raza, no se hace al vapor. La primera Reducción del Paraguay no fué organizada sino al cabo de un cuarto de siglo de constante trabajo, y eso que era muy pequeña y rudimentaria. En Europa, los francos de Carlomagno ¿eran acaso enteramente civilizados, y no conservaban nada de la primitiva barbarie, á pesar de los tres siglos transcurridos desde el bautismo de Clodoveo?

Como quiera que sea, los misioneros de las montañas Berroqueñas hacen lo que pueden para convertir á los pobres indios, disponer á los adultos para bien morir, formar los niños, y prepararlos á la nueva vida que deberán llevar so pena de desaparecer hasta el último. Así dedicamos nuestra atención de un modo especial á las escuelas.

La Misión de Yakima, donde me encuentro con otros tres misioneros, está el Oeste en el Estado de Washington. Fué organizada en 1847 por el llorado Padre Pandosi, oblató de María Inmaculada, que murió en Febrero de 1891 en medio de los indios, y nos fué arrebatada poco después de la guerra de sucesión, cuando el presidente Grant, que era metodista, nos quitó *treinta y cinco* Reservas de indios católicos para distribuir las entre las sectas protestantes. Yakima tocó á los metodistas. Nuestros Padres, á quienes estaba absolutamente prohibido el acceso á la Reserva, se establecieron en sus confines, á donde iban á encontrarlos los indios. En cuanto á los niños, como no podían salir de la escuela protestante, era imposible comunicar con ellos.

La elección del presidente Cleveland, demócrata (los demócratas de aquí son favorables al Catolicismo), cambió el estado de cosas, dando á todos perfecta libertad, basada en el conocimiento de la igualdad de derechos. Instalóse en Yakima un agente católico, y en 1888 pudimos crear una escuela que los indios pedían hacía más de veinte años. El Gobierno del presidente Harisson, aunque menos favorable, no llegó á ser perseguidor como Grant. Empero, durante el largo tiempo que los metodistas fueron dueños absolutos del terreno, sus predicantes, copiosamente provistos de dinero, causaron mucho daño, pues es más difícil con-

vertir á la verdadera fe una tribu tocada de la herejía que una tribu pagana.

Nuestra Misión de Yakima, servida por cuatro Padres, comprende los cinco condados de Klickitat, Yakima, Kittitas, Douglas y Okanagan, recientemente desprendido de la Misión de Calville. Tenemos que administrar á los católicos indios y blancos excepto en el condado de Kittitas, donde cuida de los últimos un sacerdote secular.

La ciudad de Yakima está junto al río de este nombre, afluente del Colombia, muy distante. Situada en otro tiempo en el 123° de longitud Oeste de París, y en el 46° de latitud, hace algún tiempo fué transportada á seis kilómetros más al Norte; de ahí dos localidades de igual nombre: Yakima-City y North-Yakima. Veinte años atrás los indios ocupaban solos este territorio; hoy el condado de Yakima cuenta por lo menos cuatro mil blancos. Harto sabéis que en todas las Misiones las malas costumbres y los funestos ejemplos de los blancos son grande rémora para la propagación del Evangelio.

En Yakima, gracias á Dios, los católicos, canadienses ó irlandeses en su mayoría, son buenos. A mi llegada había doce familias, y en cinco años su número ha subido á sesenta, con la feliz circunstancia de que las nuevamente llegadas han tomado por modelo á las primeras. La piedad ha tomado incremento de una manera consoladora desde que hemos instalado una Congregación de la Santísima Virgen, en la cual he podido inscribir á casi todos los jóvenes de Yakima y á buena parte de las doncellas. La mezcla, que en otra parte parecería fuera de propósito, ha tenido muy buenos resultados. Inaugurada en Enero de 1889 con ocho jovencitas y cuatro muchachos, cuenta hoy día más de sesenta miembros, y fué afiliada, el 8 de Septiembre de 1890, á la *Prima Primaria*. Edifica ver á los congregantes, luciendo la medalla de la Inmaculada Concepción en el pecho, acercarse á la Sagrada Mesa el primer domingo de cada mes, y su ejemplo ha movido á la mayor parte de los católicos á imitarles.

Nuestro principal objeto, al fundarla, fué impedir los matrimonios mixtos. Estos matrimonios considerados en Inglaterra como un azote, no lo son menos en los Estados Unidos, pues nace de ellos una generación de librepensadores. Los Obispos han prescrito sean denunciados como uno de los mayores peligros para la fe.

VIAJE EN LA SIRIA SEPTENTRIONAL

A LAS RUINAS CRISTIANAS DE LOS SIGLOS IV, V Y VI

POR EL R. P. JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XVII

Qala'at Sem'an. Iglesia de San Simeón Estilita

VINIENDO del Norte por la montaña, encuéntrase primero una torre y un muro sarracenos, formando por este lado la meseta triangular donde se levanta la basilica de San Simeón Estilita. El nombre de Qala'at Sem'an (el Castillo de la fortaleza de Simeón) declara, en efecto, que los musulmanes han con-

vertido en fortaleza estas ilustres ruínas: otras torres vense en el extremo de la meseta, más allá de la basílica.

Franqueada la puerta del recinto, hállese el viajero en una explanada, que termina á Levante y Poniente por pendientes inaccesibles, completamente cerrada al Mediodía por las paredes de la iglesia. (*V. los grabados de las págs. 57 y 60*).

Era al caer de la tarde, y acampamos en dicha explanada, no lejos de un vasto sepulcro adosado al muro sarraceno, que al pronto tomamos por una capilla. En el interior, numerosas tumbas y una cueva funeraria nos hicieron reconocer la sepultura común del convento.

Pronto la luna llena nos iluminó con su luz tranquila y fría á través de las grandes arcadas de la basílica y de sus pórticos, proyectando por do quiera las sombras fantásticas de los muros cuarteados: fué como un espectáculo de otro mundo, silencioso é inmóvil: no nos cansábamos de contemplarle llena el alma de religiosas impresiones. (*V. el grabado de la pág. 57*).

El día siguiente celebramos la Misa en medio de la basílica, poniendo nuestro altar portátil sobre la base de la columna de San Simeón Estilita. Dos musulmanes, únicos moradores de aquellas ruínas, nos contemplaron de lejos, inmóviles y silenciosos hasta el fin, en religioso asombro. ¡Que el ilustre penitente agradezca desde el cielo el honor del augusto Sacrificio renovado en su templo al cabo de doce siglos de abandono!

La base de la columna está labrada por entero en la roca de la montaña: es de un calcáreo blanco, más fino y duro que el de el-Barah, y susceptible de cierto pulimento. Compónese de una grada inferior cuya altura, semioculta en los escombros, parece de un metro; y de un neto de un metro de alto por dos de ancho. El tablero ó abaco que coronaba el capitel debía, según costumbre, presentar una plataforma igual á la de la base. Tales eran, pues, según puede calcularse, las dimensiones de la morada aérea del Santo: dos metros de largo y ancho, menos el espesor de los parapetos.

De la columna queda un fragmento inclinado, que se apoya todavía en la base por una cara plana. Aunque las piadosas mutilaciones de los peregrinos la hayan profundamente deformado, puédese reconocer la parte inferior del primer tambor puesto directamente sobre la base; por lo menos su posición es la que debió tomar naturalmente el bloque inferior al derrumbarse la columna. (*V. el grabado de la pág. 60*).

Según los biógrafos de San Simeón la columna tenía treinta codos, cuarenta y cinco pies de altura (1). Semejante altura, conforme las proporciones acostumbradas en los otros edificios de la comarca, supone un diámetro de cinco pies, y un capitel de seis pies de ancho en el tablero, como la misma base lo indica.

Compréndese que la iglesia está construída para la santa columna. En el centro un vasto y espléndido santuario

octogonal, á cielo raso, forma como la caja de la inmensa reliquia que, en pie en su centro é inundada de luz directa, levantaba libre hacia el cielo la cima donde vivió un ángel de penitencia y caridad. De este santuario irradian hacia los cuatro puntos cardinales otras tantas soberbias basílicas formando los brazos de una inmensa cruz, donde la muchedumbre de peregrinos podía colocarse y orar cómodamente sin perder de vista la santa columna, pues el octógono central está enteramente sin cubrir; sus lados no son otra cosa que vastas arcadas, sostenidas por columnas que parten de los pilares angulares. Al Norte, al Mediodía, al Levante y al Poniente estas aberturas dan vista á las grandes naves de las basílicas: las cuatro direcciones intermedias corresponden á pequeños santuarios triangulares, cuyos lados se abren en arcada sobre las naves bajas de las basílicas adyacentes, y cuya punta es un ábside saliente en el ángulo reentrante de la cruz. A través de estos santuarios y de las basílicas los fieles podían circular á cubierto al rededor del octógono sin penetrar en él, teniendo constantemente á la vista la columna.

Cuando el viajero se ha hecho cargo de este conjunto, queda absorto ante el genio del arquitecto que lo concibiera y ejecutara de una vez, pues nada recuerda que se le parezca, ni nada mejor para el objeto propuesto se le presenta á la imaginación. Ningún retoque, ninguna adición posterior se advierte en este inmenso edificio, como obra hecha toda de una pieza.

Los cuatro brazos de la cruz presentan la disposición común á las basílicas de la comarca, pero exceden en riqueza de estilo á cuanto hemos visto en otras partes. Al rededor de la nave central había sobre las entreventanas un segundo orden de columnas menores destinadas á sostener el maderamen. Estas columnitas vinieron al suelo, pero vense aún las ménsulas salientes que las sostenían. La existencia de estas ménsulas en las paredes maestras de cada basílica, hace suponer un plafón de artesones formado con maderos salientes, y sin duda ricamente decorados con colores y oro.

Únicamente el brazo oriental termina en ábside, pues sólo él ofrece la orientación de rúbrica para el altar. El ábside es triple, y cada nave tiene el suyo. La parte exterior del ábside con sus dos órdenes de columnas superpuestas (*V. el grabado de la pág. 77*), es una magnífica muestra de arquitectura, de singular semejanza con las de muchas iglesias europeas del siglo XII. Este brazo es un poco más largo que los otros tres.

La nave grande del brazo occidental termina en cuatro anchas bases que dan á un terrado, verdadero mirador desde donde se goza del magnífico espectáculo que ofrece la llanura. Para dar á este brazo igual longitud que á los otros y asentar el terrado, se tuvo que remediar el extraordinario declive de la montaña con construcciones subterráneas que sostienen un suelo ficticio.

La entrada principal del edificio está en el fondo del brazo meridional, bajo un espléndido pórtico, admirablemente conservado, que recuerda las más bellas portadas de nuestras iglesias románicas (*V. el grabado de la pág. 84*).

(1) Otros dicen cuarenta codos.

A esta parte del edificio apenas le falta otra cosa que su triple techumbre y las columnitas salientes bajo el encuentro de los tres frontones y entre las ventanas de la nave central; sólo resta de ellas las ménsulas. A través de las tres arcadas desiguales del vestíbulo, se ven entre las puertas correspondientes á las naves bajas, dos puertas grandes iguales, una al lado de otra, que dan ingreso al centro de la nave principal, singular dispo-

nitias superiores). El centro es un patio á cielo raso ó hypethro, trabajado con exquisito arte. Allí es donde se levanta la columna de cuarenta codos en la que un ángel en carne llevó en este mundo vida enteramente celeste. Cerca del techo de dichos pórticos están dispuestas aberturas con verjas, que algunos llaman ventanas, que por un lado dan al hypethro y por el otro á los pórticos.



ZANGUEBAR.—Curación del mal de ojos por el hechicero. (Pág. 87)

sición, quizá sin ejemplo, que debió ser motivada por la necesidad que se experimentaría de facilitar la circulación de la multitud, extraordinariamente numerosa. Con el mismo objeto el arquitecto multiplicó las puertas laterales: cada brazo de la cruz tiene cuatro, cobijadas por pórticos de dos columnas.

Pequeños netos de mármol esparcidos por el suelo, algunos restos de pintura roja y gris en los capiteles ó las cornisas, no son suficientes para representarnos el esplendor que el pavimento de mosaico y la pintura mural daban al interior de esta grandiosa iglesia. El edificio entero, sin contar los pórticos exteriores de Norte y Poniente, cubre cuatro mil metros cuadrados (1).

Un historiador griego, Evagro de Escolástico, ó sea el Abogado, peregrino de San Simeón por el año 560, nos transporta á la Basílica en medio de las muchedumbres que acudían á venerar al Santo en los días de fiesta que le están dedicados.

«La iglesia, dice, está construída en forma de cruz, cuyos cuatro brazos aparecen adornados con pórticos (las columnas que separan las naves). A estos pórticos se añaden hileras de columnas esmeradamente bruñidas, que sostienen el techo á considerable altura (las colum-

«He visto, lo mismo que toda la muchedumbre, una estrella de prodigiosa magnitud que se movía en una ventana del brazal situado á izquierda de la columna, desapareciendo de vez en cuando, y reapareciendo con todo su esplendor. Yo la he visto no una vez sola, sino dos, tres y aun más, mientras los campesinos danzaban en torno de la columna. El prodigio, por lo regular, sólo tiene efecto en la fiesta anual del Santo.

«Otros refieren haber visto al Santo en persona revolotear por los aires, con su lengua barba y el casco que acostumbraba ponerse. Creemos sin dificultad este milagro, por la autoridad de las personas que lo afirman y por lo que hemos visto nosotros mismos.

«La iglesia está abierta á todos los hombres, y aun se les permite dar repetidas vueltas con sus bestias de carga en torno de la santa columna. Mas ignoro por qué no se permite entrar en el templo á las mujeres; observándose en eso un rigorismo extremado. Todas permanecen fuera, y miran la maravillosa estrella desde una puerta situada frente de la ventana (1).»

La exclusión absoluta de las mujeres me inclino á creer que sólo se observaría en los días de fiesta, en razón del extraordinario concurso de pueblo. Ella me recuerda que San Simeón Estilita construyó una barrera de piedra en torno de la columna, y nunca per-

(1) Véanse algunas de sus dimensiones: longitud de Norte á Sur, 86'50 metros; longitud de Este á Oeste, 97'50; anchura de los brazos de la cruz, 25 metros; diámetro mayor del octógono central, 31 metros.

(1) *Hist Eccles.* t. 1, c. 14;—en la *Patrologie grecque* de Migne, t. 86, p. 2460.

mitió que la franquease mujer alguna, ni aun su propia madre.

El ruido de la multitud y de los animales que circulaban por el octógono debían turbar el recogimiento de las ceremonias sagradas que se celebraban en el brazo oriental, y para obviar este inconveniente se resolvió cerrar con un muro la arcada de comunicación entre estas dos partes del edificio.

La época de la peregrinación de Evagro y la de la muerte de San Simeón Estilita circunscriben la fecha del edificio entre los años 560 y 460. Entre estos límites el Sr. de Vogné, por razones de estilo, escogió la segunda mitad del siglo V.

XVIII

Dependencias de la iglesia de San Simeón Estilita

Los edificios afectos á la Comunidad de clérigos ó de monjes para las atenciones que exigía la peregrinación, se levantan al Oriente y al Mediodía de la iglesia, formando con ella un patio vastísimo. Entrase por la derecha del pórtico grande. Desde luego hay al Mediodía tres órdenes de pórticos superpuestos, que se elevan en los aires como una inmensa verja á cielo raso. El resto del edificio se ha derrumbado por completo. Dícese que aquí estaba el palacio del abad. El convento, situado en el bordo del arroyo oriental, presenta mejor estado de conservación. Apenas, sin embargo, puede uno deslizarse entre escombros y espinos por el largo corredor de las celdas monásticas, reconocer una espaciosa sala conventual que ocupa dos pisos, y restablecer con la imaginación la vasta capilla de la Comunidad, verdadera basílica de tres naves, cuyos restos muy deteriorados se ven cerca del ábside de la iglesia grande.

La construcción pequeña que hay en el patio, adosada al muro del brazo meridional de la iglesia mayor, es un mausoleo: algún insigne bienhechor del santuario probablemente quiso descansar después de

su muerte cerca de la santa columna, y como las leyes de los primeros siglos prohibían la inhumación en el interior de las iglesias, se haría este pequeño apéndice fuera del recinto sagrado. Otro mausoleo del mismo género, con cuatro tumbas, está adosado al muro del brazal del Norte.

Muy cerca, en el mismo patio, se ve un bloque cuadrado de gran tamaño, cortado en la roca misma de la montaña, con una escalera para subir á su plataforma. ¿Sirvió acaso de estrado á los predicadores para arenegar al aire libre á la muchedumbre de peregrinos? ¿ó más bien fué la base de una de las columnas que sirvieron de morada á San Simeón ó á cualquiera de los estilitas sus imitadores? No es fácil decirlo, pues la tradición sólo conserva al peñasco veneración muy vaga.

Resta visitar un singular y rico edificio situado en el extremo de la meseta, á doscientos pasos de la iglesia. El piso inferior, en forma de cuadro prolongado, y rodeado de un pórtico del que sólo subsisten los fundamentos, presenta en el exterior perfecta unidad; pero

en el interior hallanse dos edificios enteramente distintos: al Mediodía una iglesia de tres naves, del tipo común, y al Norte un espléndido bautisterio. Cada uno de estos monumentos sirve hoy de vivienda á una familia musulmana.

El bautisterio ocupa un cuadrado perfecto: en el centro hay la sala del bautismo, octogonal por dentro y cuadrada por fuera, circuida de un corredor ó nave baja. Los bautisterios conservados de los primeros siglos, en San Juan de Letrán, en Ravena y en Aix de Provenza afectan, como es sabido, una forma redonda ó poligonal.

El octógono central se eleva sobre las naves, y recibe luz por una claraboya de ventanas. Lo adornaban columnitas salientes en los ángulos interiores y exteriores, y terminaban al parecer en un techo piramidal de carpintería. La pila bautismal estaba en el suelo en medio del edificio; mas todo esto ha



ZANGUEBAR.— Rito religioso de los mtaitas en los funerales

(Pág. 79)

desaparecido, habiendo quedado tan sólo las artísticas paredes.

Debajo de los pórticos exteriores los sacerdotes cumplían los ritos previos al bautismo, á cuyo conjunto se daba el nombre de catequización; ungían á los catecúmenos con el óleo santo, y recibían su renunciación á Satanás, á sus pompas y sus obras. En el pasadizo interior despojábanse éstos de sus ropas de la parte superior, los hombres á un lado, y las mujeres en el opuesto, y entraban sucesivamente en el octógono, aquéllos acompañados por el padrino, y éstas por la madrina.

Allí el Prelado bautizaba algunos á quienes se escogía previamente, metidos en el agua santa de la piscina, y luego, dejando á los sacerdotes el cuidado de reemplazarle para el bautismo de los restantes catecúmenos, iba á sentarse en el nicho grande que á la altura de tres escalones se ve labrado en el espesor del muro oriental del octógono y que se denominaba *christarium*; ponía á los neófitos el velo blanco y les confería el Sacramento de la Confirmación.

Concluída la ceremonia dirigíanse todos á la contigua basílica; el Obispo celebraba los Santos Misterios; daba la Comunión por la primera vez á todos los nuevos cristianos, sin exceptuar á los niños, y les hacía gustar un poco de leche y miel, símbolos de su infancia espiritual, y recuerdo de la tierra prometida por el Señor á su pueblo.

Desde la altura de Qala'at Sem'an, mirando al Sudoeste, descúbranse muchas villas grandes arruinadas, todas desiertas. Fedri ó Fedreh, la más cercana, aparece á una distancia de dos horas en una ondulación peñascosa en el borde de la llanura; Befadí vese á mitad del camino en la misma dirección; Deir Sem'an está muy cerca, al pie de los peñascos. Este último centro, el más importante de todos, presenta particular aspecto. No son solamente iglesias y casas: muchos grandes edificios, de forma cuadrada, sin análogos en las otras villas, levantan sobre las ruínas comunes su masa imponente.

Hay que verlos de más cerca.

Bajamos de la ilustre montaña, embargados por piadosos recuerdos, llenos de admiración y asombro, con el sentimiento de haber encontrado sólo ruínas abandonadas en medio de un desierto.

En el rápido sendero de Deir Sem'an vemos el extremo de unas ruínas. Es casi nada, y sin embargo no hay medio de pasar adelante sin contemplarlo, tanta es su elegancia y esbeltez: consiste en el pilar de un arco de triunfo levantado en medio de la ruta de los peregrinos.

El arco, formado de una sola hilera de sillares, descansa en una bella columna: dos contrafuertes, coronados arriba por columnitas de bellísimo efecto decorativo, flanquean el pilar, uno delante y otro detrás, asegurando su solidez.

UNA SALVAJE SANTA

RELATO DE UN MISIONERO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

II

Su exterior solamente inspiraba devoción á los más tibios; y en los días de Comunión general las más virtuosas procuraban á porfía ponerse junto á ella, porque decían que la vista sola de Catalina les servía de una excelente preparación para comulgar dignamente.

Pasadas las Pascuas de Natividad, estando el tiempo á propósito para la caza, no pudo dispensarse de seguir á su hermana y cuñado á los bosques. Manifestó entonces que en todo lugar donde nos conduce la Providencia podemos servir al Señor. Nada omitía de sus ejercicios ordinarios, y su devoción la inspiró algunas obras piadosas en lugar de aquellas que eran incompatibles con su estancia en los bosques. Todas sus acciones tenían tiempo fijo, y muy de mañana se ponía en oración, la cual duraba hasta acabar la que tienen costumbre los salvajes de hacer en común. La continuaba por la noche hasta muy tarde. Cuando los salvajes tomaban la comida para ir á cazar el resto del día, ella se retiraba á hacer oración, y solía ser en la hora en que se oía Misa en la Misión. Había colocado una cruz en el tronco de un árbol que estaba á la orilla de un arroyo, sirviéndola de oratorio esta soledad. Allí se ponía en espíritu al pie del altar, unía su intención con la del sacerdote, rogaba á su Ángel de guarda que asistiese en su lugar al Santo Sacrificio y la aplicase el fruto; las demás horas trabajaba con las personas de su sexo, pero para desterrar conversaciones inútiles y para mantenerse unida con Dios, comenzaba siempre alguna plática piadosa ó las invitaba á cantar himnos y cánticos en alabanza del Señor. Era muy parca en la comida, y muchas veces no comía hasta la noche, mezclando entonces, en secreto, ceniza con lo que la daban, para quitar á su paladar todo el gusto que podían dar las viandas; usaba esta mortificación todas las veces que podía sin ser vista.

No era del gusto de Catalina la morada en los bosques, aunque tan deseada de las mujeres de los salvajes, porque desembarazadas de los afanes domésticos, pasan el tiempo en diversiones y banquetes. Ella al contrario, suspiraba por la vuelta al lugar, porque la iglesia, la presencia de Jesucristo en el augustísimo Sacramento del altar, el santo sacrificio de la Misa, los frecuentes sermones y demás ejercicios de devoción eran los únicos objetos que le agradaban. Así es que luego que volvió á la Misión, se impuso la obligación de no volver á salir de ella. Al volver al lugar, por primera vez pudo asistir á las ceremonias de Semana Santa.

No me detendré en referir su ternura, á la vista de una consideración tan piadosa como la de los dolores y muerte de un Dios para salvar á los hombres. Sus lágrimas apenas se interrumpían, y tomó la resolución de llevar en su cuerpo, el resto de su vida, la mortificación de Jesucristo. Desde este tiempo buscó todas las ocasiones de mortificarse, para satisfacer por las faltas ligeras que en su concepto eran otros tantos atentados

contra la Majestad Divina, ó para retratar en sí la imagen de un Dios crucificado por nuestro amor. Las conversaciones con Anastasia, quien con frecuencia la hablaba de las penas del infierno y de los rigores que ejercían los Santos contra sí mismos, fortificaron su inclinación por las austeridades y penitencia. Un lance, que la puso en grave peligro de perder la vida, animó más y más su determinación. Cortaba en el bosque un árbol, que cayó más presto de lo que creía: tuvo tiempo para evitar el golpe, retirándose del tronco que sin duda la hubiera aplastado; pero una de las ramas la hirió tan gravemente en la cabeza, que cayó en tierra desvanecida. Al volver en sí oyeron que con ternura pronunciaba estas palabras: «Gracias os doy, oh buen Jesús, de haberme socorrido en este peligro.» Se persuadió que Dios la conservaba para satisfacer con la penitencia por sus pecados. Así lo declaró á una compañera llamada como ella á una vida austera, con quien tenía tan estrecha unión que se comunicaban una á otra lo que había de más secreto en su interior. Tuvo tanta parte esta nueva compañera en la vida de Catalina, que no puedo menos que dar alguna noticia de ella.

Teresa, así se llamaba, había sido bautizada por el P. Bruyas en el país de los iroqueses; pero la corrupción de costumbres que reinaba en su país y los malos ejemplos que tenía continuamente á la vista, la hicieron presto olvidar sus obligaciones de cristiana. La morada que algún tiempo había hecho en la Misión del Salto con toda su familia, había producido en sus costumbres alguna mudanza; un suceso muy extraño obró, en fin, su conversión.

Había ido á caza con su marido y un sobrino, hacia el río de los otaoacs. En el camino se les juntaron algunos iroqueses, siendo entre todos once personas: cuatro hombres, cuatro mujeres y tres mozos; únicamente Teresa era cristiana. Aquel año nevó muy tarde, y les faltó caza; consumieron presto sus provisiones, y se vieron reducidos á comer algunas pieles que llevaban para hacerse zapatos. Luego comieron también éstos, y por último, apretados por el hambre, vivieron solamente de hierbas y raíces. Entre tanto cayó malo de peligro el marido de Teresa, lo que obligó á los cazadores á detenerse. Dos de ellos, un agnie y un tsonnontuan, tomaron el partido de alejarse en busca de alguna res, con palabra de volver dentro de diez días. En efecto, volvió al tiempo señalado el agnie, pero solo, y diciendo que su compañero había muerto de hambre y miseria. Sospecharon que le hubiese muerto y comido sus carnes, porque confesaba que no había hallado caza, y no obstante estaba fuerte y robusto. Pocos días después murió el marido de Teresa, y los que quedaban se encaminaron río abajo para llegar á las colonias francesas. Después de dos ó tres días de marcha, quedaron tan desfallecidos por falta de alimento, que no pudieron pasar adelante. La desesperación les inspiró la resolución horrible de matar á algunos de sus compañeros para que viviesen los demás. Echaron mano de la mujer del tsonnontuan y de sus dos hijos, á quienes degollaron uno después de otro. Este espectáculo horrorizó á Teresa, que debía temer la misma suerte, y en tal lance, reflexionando sobre el lastimoso estado de su conciencia, se arrepintió de haberse internado en las

selvas sin haberse antes purificado con una buena confesión. Pidió á Dios perdón de sus pecados, é hizo propósito de confesarse lo más presto que pudiese y de hacer penitencia. Oyó Dios su oración, y con fatigas increíbles llegó, en fin, al lugar, con otros cuatro que habían quedado. Cumplió parte de su propósito confesándose luego que volvió al lugar; pero la reforma de sus costumbres y los rigores de su penitencia fueron más tardíos.

Un día que miraba la nueva iglesia que se edificaba en el Salto, cuando se transplantó á él la Misión del prado de la Magdalena, encontró á Catalina; se saludaron por la primera vez, y para entrar en conversación le preguntó Catalina, ¿qué parte de la iglesia estaba destinada para las mujeres? Respondióle Teresa mostrándole el paraje donde á su juicio se pondrían las de su sexo.

—¡Ay! replicó Catalina, no es en este templo material donde gusta Dios más habitar: dentro de nosotras mismas quiere tener su morada. Nuestro corazón es el templo que más le agrada. Pero ¡ay de mí! ¿cuántas veces le he obligado á salirse de este corazón donde quería reinar solo? Mereciera que para castigar mi ingratitud me cerrasen para siempre la puerta de este templo que se levanta á su mayor gloria.

Sentimiento tan humilde tocó en lo vivo al corazón de Teresa, y al mismo tiempo se avivaron los remordimientos de su conciencia, solicitando la ejecución de sus promesas y persuadiéndola que Dios la enviaba esta santa doncella para ayudarla con sus consejos y ejemplos en la nueva vida que quería abrazar. Descubrió, pues, á Catalina los santos deseos que Dios le inspiraba, é insensiblemente en la conversación se comunicaron una á otra sus más secretos pensamientos. Para tratarse con más seguridad, se fueron á sentar al pie de una cruz erigida en la ribera del río San Lorenzo.

Este primer encuentro en que se comunicaron la conformidad de sus afectos é inclinaciones, fué el nudo y cimiento de la amistad santa, que duró hasta la muerte de Catalina. Desde aquel punto no sabían apartarse una de otra; iban juntas á la iglesia, á los bosques y á su trabajo. Se animaban mutuamente en el camino de Dios con piadosas conversaciones; se comunicaban sus penas y repugnancias, se avisaban de sus faltas, se alentaban á practicar la mortificación y á adelantar más y más en el camino de la perfección.

Así disponía Dios á Catalina para el nuevo combate que debía sostener por su amor á la virginidad. Su hermana, juzgando que no habría en la Misión mozo alguno que no se considerase feliz de tener por esposa á tan virtuosa doncella, y que pudiendo escoger entre todos los jóvenes del lugar, tendría por cuñado á un diestro cazador que llenaría su choza de provisiones y manjares, quiso casarla. Bien conocía que encontraría grandes dificultades de parte de Catalina, y no ignoraba las persecuciones que había ya padecido por la misma causa y la constancia con que se había portado; pero se lisonjeaba de que la fuerza de sus razones vencería su repugnancia. Llamóla, pues, á parte cierto día, y después de muchas muestras de cariño, no acostumbradas, la habló con aquella elocuencia tan natural á los salvajes en materia de su propio interés.

—Hermana mía, le dijo, no se puede negar que tienes grandes obligaciones con el Señor de todos, por haberte sacado como á nosotros de nuestra infeliz patria y haberte traído á esta Misión, en donde todo respira piedad. Si te alegras de estar aquí, no es menor el gozo que siento de tenerte conmigo, y crece cada día con tu buena y santa conducta, que te merece la aprobación y estima general. Una cosa queda por hacer, y que coronará nuestra dicha, y es, que pienses en contraer un buen matrimonio. En nuestro país todas las doncellas toman este partido; estás en edad de imitarlas, tomando su ejemplo, para evitar las ocasiones del pecado y proveerte de lo necesario á la vida. Es verdad que tu hermano y yo te damos con mucho gusto lo que has menester; pero bien sabes que su edad es avanzada y que estamos cargados de numerosa familia. Faltando nosotros, ¿á quién recurrirás? Créeme, Catalina, y prevén

Apenas estuvo de vuelta en su pobre choza, cuando su hermana, impaciente de traerla á su dictamen, la solicitó de nuevo; pero conociendo por la respuesta de Catalina que nada podría con ella, tuvo la habilidad de traer á su parecer á Anastasia, á quien una y otra respetaban como á madre. Esta se dejó persuadir con facilidad, de que la resolución de Catalina había sido tomada con ligereza, y empleó toda la autoridad que su edad y virtud la daban sobre el corazón de la joven doncella, para convencerla de que el matrimonio era el único partido que debía tomar.

Esta diligencia de su hermana no tuvo mejor éxito que lo que antes había hecho, y Anastasia, que hasta entonces había experimentado tanta docilidad en Catalina, se admiró en extremo de la poca estimación que mostraba de sus consejos. Amargamente la reprendió y amenazó con participarme sus quejas. La previno Cata-



ZANGUEBAR.—Sacrificio para expeler al espíritu maligno. (Pág. 79)

las desgracias que acompañan á la pobreza; piensa en ponerte en seguro ahora que tan fácilmente lo puedes hacer de un modo tan ventajoso.

No esperaba Catalina una proposición de esta naturaleza, pero el respeto á su hermana hizo que disimulase la pena y se contentase con responderla, dándole gracias por su consejo, y diciéndola que el negocio era de importancia y que con toda seriedad pensaría en ello. Así eludió el primer ataque. Al punto vino á buscarme, y como yo, para probarla, no cedía á sus razones, y le ponía delante las que podían inclinarla al matrimonio, me dijo:

—¡Ay! Padre mío, ya no soy mía; me he dado enteramente á Jesucristo; no puedo mudar de Amo y Señor. No me asusta la pobreza con que me amenazan. He menester tan poco para esta miserable vida, que basta mi trabajo para ganarlo y no me faltará algún andrajó para cubrirme.

La despedí, diciéndola que reflexionase bien sobre sí misma, y que el asunto pedía muy seria atención.

lina, contándome la molestia que le causaban para determinarla á tomar un partido tan contrario á su inclinación, y me suplicó que la ayudase á consumir el sacrificio que de sí misma quería hacer á Jesucristo.

CRÓNICA

Francia.—El Emmo. cardenal Desprez, cuyo retrato damos en la página 73, se mostró siempre un insigne bienhechor de nuestra Obra. Nacido en Ostricourt el 14 de Abril de 1807, fué consagrado obispo de la Reunión en 1851, transferido á Limoges en 1857, y preconizado arzobispo de Toulouse en 1859. León XIII le creó cardenal presbítero del título de los Santos Pedro y Marcelino el 12 de Mayo de 1879.

Al ser enviado á la isla de la Reunión había que evangelizar cien mil negros que acababan de ser emancipados y que formaban la gran mayoría de la población de aquella isla.

Había allí á la sazón una horrorosa leprosería, en donde infelices negros morían abandonados, pues era tal la infección que nadie se atrevía á entrar en ella.

El Ilmo. Desprez quiso empezar allí mismo su apostolado, y no prestándose nadie á introducirle, fué solo y bautizó diecinueve leprosos.

El celoso Prelado fundó un seminario, instaló Religiosas, dió estatutos á su clero, y levantó una catedral; hasta que habiendo experimentado quebranto en su salud, tuvo que volver á Francia, donde desempeñó los cargos de que hemos dado cuenta, y falleció el 20 de Enero de 1895.

—El 26 de Enero último falleció en el Seminario de la Inmaculada Concepción de Bièvres (Sena y Oise) el Rdo. P. Armbruster, superior general de las Misiones Extranjeras de París.

Un ataque de apoplejía, que le sorprendió estando presidiendo el Consejo de la Congregación, el lunes, 20, le llevó al sepulcro habiendo recibido con conocimiento los auxilios espirituales.

Colocado desde el mes de Junio último al frente de las Misiones Extranjeras, sufrió muchos disgustos á causa de su actitud en la cuestión de las Congregaciones religiosas; pues puso su firma al pie del documento, por el cual los superiores generales de las cinco grandes Congregaciones autorizadas, Sulpicianos, Lazaristas, Padres del Espíritu Santo y Sacerdotes de las Misiones Extranjeras, notificaban á Su Santidad la resolución que acababan de tomar, de someterse á la nueva ley fiscal que tan duramente grava á las Ordenes religiosas. Estos disgustos abreviaron la vida del P. Armbruster.

A los veinticinco años se embarcó para el Japón donde permaneció ocho bajo la dirección de Mons. Petitjean, y, á pesar de la persecución que reinaba entonces en aquel Imperio, tuvo el consuelo de llevar á la verdadera fe un número considerable de paganos.

En 1874 volvió á Francia porque su estado de salud no le permitía prolongar más su permanencia en las Misiones.

Desde el 1874 á 1896, desempeñó sucesivamente las funciones de director del Seminario de las Misiones Extranjeras, profesor de dogma de Sagrada Escritura, secretario del Consejo, maestro de novicios, y, por fin, Superior del Seminario de Bièvres.

—Todos saben que los misioneros católicos son muy beneméritos de la filología y de la lingüística. Nuestro siglo, y sobre todo Francia, que tanto se distinguen por sus esfuerzos en la propagación de la fe, han presentado en la Asociación llamada de San Jerónimo, establecida en París, calle de Vaugirard, número 74, el fruto de tan penosa y útil colaboración. Se han publicado ya siete volúmenes de vocabularios y Gramáticas de lenguas extrañas y curiosas, redactados por misioneros para el uso de los naturales de los respectivos países.

Inglaterra.—El 8 de Octubre del año próximo pasado predicó un sermón en Norwich (Inglaterra) el Arzobispo anglicano de York, y sorprendió á los que le oían, no sólo por el tema de su discurso, sino también y principalmente por la inusitada franqueza de sus expresiones. Habló de la inteligencia probable entre las Iglesias romana ó católica y anglicana, y dijo que la reunión estaba en la atmósfera: *the reunion is in the air*, para usar de sus mismas palabras.

—El R. P. Ragey, con el título *La crisis religiosa en Inglaterra*, acaba de publicar un libro importante, demostrando que la corriente que parte del Vaticano, se encuentra con la que procede de la Gran Bretaña, principalmente del clero anglicano.

—El cardenal Vaughan implora el auxilio de la oración en Francia para merecer del Señor la conversión de los ingleses al Catolicismo, y sobreponiéndose á las rivalidades nacionales, recuerda en una carta reciente los socorros que San Agustín y otros Apóstoles de Inglaterra obtuvieron de los franceses, sus contemporáneos. ¡Qué gran agregación al Catolicismo la del imperio británico, es decir, de una potencia que le traería nueve millones de millas cuadradas con 312 millones de almas!

Estados Unidos.—El domingo, día 5 de Enero, se verificó con solemnidad nunca vista, en la Catedral de Baltimore, la ceremonia para conferir el birrete cardenalicio á Mons. Satolli, arzobispo titular de Lepanto y delegado apostólico en los Estados

Unidos. El cardenal Gibbons fué encargado de presidir la investidura, á cuyo acto asistieron infinidad de sacerdotes y dignatarios de la Iglesia llegados de todas partes para presenciario. Después de desfilar en lucida procesión, sacerdotes, profesores de la Universidad católica y otras personas, y leer en latín monseñor Sbarretti, la comunicación pontifical, se dirigió el cardenal Gibbons brevemente al agraciado, procediendo en seguida á colocar en su cabeza la insignia cardenalicia. Retiróse el nuevo Cardenal, volviendo al poco rato para decir Misa con los ornamentos de su reciente dignidad. Pronunció el discurso de circunstancias el arzobispo Kain, de San Luis, y al terminarse la Misa solemne, anunció el cardenal Gibbons haber recibido un telegrama en que Su Santidad otorgaba su bendición á cuantos habían asistido á la ceremonia, terminando ésta con el recogimiento que la significación é importancia de la misma llevó al ánimo del crecido público que llenaba el templo.

—Una señora anónima ha regalado á los Padres Paulistas de Nueva York un gigantesco crucifijo de granito, que se cree sea el mayor que existe, pues mide trece pies de alto, siendo de siete su brazo transversal.

Los Padres Paulistas, casi todos convertidos del Protestantismo, son miembros de una Congregación fundada en honor de San Pablo Apóstol por el piadosísimo P. Hecker, con objeto de iluminar y convertir á los protestantes á la Religión católica, para cuyo fin se valen de medios singulares.

Al final de cada Misa hace el sacerdote una breve explicación del Evangelio del día y de alguna de las verdades más importantes que enseña la Iglesia católica, cuyas pláticas duran poco más de cinco minutos. Además publican libros y opúsculos, breve pero enérgicamente escritos, y dan conferencias públicas, á las cuales asisten siempre gran número de católicos y protestantes.

Arabia.—Con fecha 7 de Marzo de 1895 escribe desde Berbera (Arabia) el R. P. Fr. Evangelista, franciscano-capuchino, dando la consoladora noticia de que los trabajos preparatorios para comenzar definitivamente la evangelización de aquella porción del pueblo somalí pronto llegarán á su término. El citado Padre tiene ya formados los dos vocabularios *Somalí-Inglés* é *Inglés-Somalí*, y confía poder darlos á la imprenta á mediados de este año. La Gramática y un Manual práctico de conversación de la misma lengua, son obras que están igualmente para terminarse y pronto verán la luz pública. El trabajo y diligencia que tales obras suponen en su autor lo manifiesta éste en su carta: «No me es posible, dice, describir la fatiga que me costó este trabajo acerca de una lengua que no tiene libros, y de la cual no se han dado hasta ahora sino nociones muy incompletas é insuficientes... No pretendemos haber realizado una obra perfecta; mas este primer trabajo será suficientísimo para aprender con suma facilidad la lengua somalí. Cada uno de los dichos vocabularios contiene unas cinco mil palabras, y la gramática resuelve casi todas las dificultades que se encuentran en la práctica de dicho lenguaje. Luego que termine estos trabajos, traduciré instrucciones sobre los principales misterios y más importantes nociones de la Religión católica, y entonces podremos comenzar formalmente la evangelización de este pobre pueblo.»

Recomendamos estas noticias á los que ponen en duda el amor práctico de los Religiosos en particular y de la Religión católica en general al cultivo de las letras y á la verdadera civilización y bienestar de los pueblos.

Noticias varias.—El P. Brandi, redactor de la *Civiltà Cattolica*, ha publicado una erudita contestación al escrito del Patriarca griego de Constantinopla, que á su vez es respuesta á la Carta de Su Santidad. Los que más han estudiado la historia eclesiástica de los países de Oriente en sus relaciones con la Iglesia latina aplauden mucho los trabajos del citado P. Brandi.

—Don Quirino Avelino de Jesús, autor de un libro sobre la materia, es el portaestandarte de las Misiones católicas en Portugal, y en verdad que sus constantes esfuerzos van á ser premiados con el éxito satisfactorio que se proponía, habiéndose visto

pocas veces más favorecida una campaña en la prensa; verdad es que los administradores de las Colonias piensan en esta parte lo mismo que los buenos católicos.

—El Obispo de Himeria ha salido de Portugal con dirección á Roma para plantear con el Superior General de la Trapa el establecimiento de Trapenses en Manica, en las colonias portuguesas de Africa.

—El residente francés en Madagascar M. Laroche, que nada tiene de clerical, ha escrito al ministro de las Colonias estas frases significativas: «Encargado de conciliar en esta isla los intereses de los colonos y de los misioneros, deseo, para cumplir lo mejor que pueda estos deberes, que se me asocien los Padres de la Trapa, á fin de que sean más satisfactorios los resultados.» El Gobierno habrá de atender necesariamente á estas indicaciones, que parten de autoridad para él nada sospechosa. Parece que se ha pensado en llevar gratuitamente algunos Padres Blancos de Lavignerie, sin olvidar á los Trapenses franceses de Stanelli, en Argelia.

—Durante el pontificado de León XIII, según la *Gerarchia Cattolica*, se han creado 2 patriarcados, 13 arzobispados; se han elevado á metrópolis 16 obispados; se han contado 86 nuevas diócesis, dos abadías *vere nullius*, dos delegaciones apostólicas, 45 vicariatos apostólicos y 24 nuevas prefecturas.

Había en 10 de Diciembre del año pasado 64 Cardenales, 10 Patriarcas, 815 Arzobispos y Obispos del rito latino, 51 Arzobispos y Obispos del rito oriental, 343 Obispos titulares, 13 Arzobispos y Obispos dimisionarios y seis Prelados *vere nullius*.

—Los chinos que atacaron á los misioneros católicos en la provincia de Fo-Kien van pagando su merecido, aunque por pequeños grupos.

—Ultimamente han sufrido cinco la última pena, en presencia de unos veinte europeos, entre ellos los cónsules de los Estados Unidos, Inglaterra y Rusia.

—La Sociedad de Anticuarios franceses ha nombrado miembros de esta corporación á los RR. PP. Sejourné, de la Orden de Predicadores; Getoner Durand, de la Congregación de la Asunción, y al misionero de Argel P. Delattre. Estos nombres no pasaron por la arriesgada prueba de una votación, sino que fueron aclamados por los sabios académicos.

VARIEDADES

LA SUPERSTICION.—LOS AMULETOS

A sí como el culto dado á Dios debidamente se llama religión, dado á una falsa deidad, ó al verdadero Dios de un modo indebido, se llama superstición.

En medio del Paganismo y en las tinieblas de la infidelidad no reinaba otro culto que la superstición; y es bien notario que donde falta la verdadera Religión, aumenta la superstición de un modo espantoso.

No se da fe á la palabra de Dios ni se hace caso de las enseñanzas de sus ministros, pero en cambio se cree á cualquier adivino y se tienen por sentencias sus supercherías.

Los arúspices romanos aparecen en nuestros días, y los augures se multiplican como los negocios á que se dedican.

Cicerón los burlaba y tenía sus dichos por necedades, extrañándose de como un augur no se refa de sus congéneres al encontrarse en la vía pública.

Catón dió una chistosa respuesta á los que le pregun-

taron con interés ¿qué auguraba del hecho que refería, esto es, de haberle comido los ratones el calzado?

«Nada en absoluto; pues nada tiene de extraño que los ratones se hayan comido el calzado: lo extraño hubiera sido que el calzado se hubiese comido los ratones.»

Como por instinto creemos en seres superiores á nosotros, y en la obscuridad de la noche ó en una apartada soledad un leve ruido ó el vibrar del viento nos parecen seres que nos persiguen y nos quieren dañar.

Los agoreros y adivinos apelan á medios inútiles y vanos para conjurar el miedo y apartar todo temor; pues faltos de fe y de religión, de cualquier ilusión se valen para acallar sus temores.

En cambio el que es religioso y se gobierna por la fe fácilmente se tranquiliza, sabiendo que el que camina en alas de la Providencia nada tiene que temer.

La superstición es hija del temor, y la fe es hija del amor, y el que ama nada teme.

La superstición conturba y desazona, y la fe tranquiliza y serena.

Proviene la superstición de la ira con que se cree amenazado el hombre por seres superiores, y apela hasta el ridículo para aplacarles, haciéndose extravagante.

Cuando el hombre rehusa dar á Dios el culto debido cae en la superstición, y ésta degenera en idolatría cuando, como dice San Pablo (*Rom. 1*), «se muda la verdad de Dios en la mentira, y se sirve á la criatura antes que al Creador.»

Se convierte también la superstición en *vana observancia* cuando se ponen medios ridículos é inútiles para conseguir un fin.

Esta superstición antigua se halla hoy tan extendida en el vulgo, y entre los que no quieren pertenecer al vulgo, que raya en locura.

Se refiere á signos, palabras y necedades que no tienen virtud alguna, ni de Dios ni de la naturaleza, para conseguir el fin que se pretende.

El canto de las aves, un tropiezo al salir de casa, un estornudo, el viajar en tal ó cual día, el encuentro con un enemigo, no autoriza á nadie para predecir faustos ó infaustos acontecimientos.

Pronunciar palabras ininteligibles (ni aun inteligibles, como la buenaventura de las gitanas, á quienes los supersticiosos oyen como á oráculos), de nada sirve para alcanzar cosa alguna.

Echar las cartas, rezar algunas oraciones con signos extravagantes para averiguar si les quieren bien ó mal, ó para sanar de alguna enfermedad, es una superstición tonta y necia, como las personas que apelan á semejante procedimiento. Llevar amuletos para preservarse del mal, clavar un ave en las puertas de una casa para preservarla de todo infortunio, y otras cosas semejantes que han invadido los pueblos, indican que el espíritu cristiano disminuye y que las gentes, dejando la verdad, apelan á las fábulas, y aparentando piedad renuncian á la virtud.

La Iglesia tiene los sacramentales, y nos los propone como un auxilio para que por virtud de sus oraciones alcancemos los que deseamos; pero los que respetan poco á la Iglesia dejan estos auxilios, y apelan á los adi-

vinos, quedando satisfechos con el engaño, y los impostores con su negocio.

Con frecuencia vemos colgados del cuello de los niños, ó de las prendas de vestir, ó de alguna alhaja, cuernos, lenguas, imágenes de sabandijas y cosas semejantes, que son otros tantos amuletos; preservativos supersticiosos que hablan muy poco en favor de la persona que los lleva, aunque muchos los llevan inconscientemente y sin pensar siquiera que en ello se oculte cosa alguna supersticiosa.

Los amuletos se remontan al pueblo egipcio, y parece que de él traen origen.

Son un talismán que lo hallamos en los Libros Sagrados, y apareció con esta nota cuando el pueblo se desvió de la fe y religión, pues al desvío de la fe siguió como una necesidad el aumento y desarrollo de la superstición, y al abandono de la religión sucede el vicio y el error, que provocan la justicia divina, y la ira de Dios viene sobre los pueblos.

Examinando con detención los monumentos egipcios, dice el profesor Lanci, se comprende perfectamente que la antigüedad no solamente tomó de ellos lo más notable y distinguido de sus usos y costumbres religiosas, relacionados con las divinidades ú hombres célebres, sino que la embelleció y adornó de un modo digno de la majestad.

En el Exodo se hace relación de las vestiduras del sumo sacerdote, y la tiara y la diadema con que cubría su cabeza, es como la mitra y la flor de los egipcios: sobre ella llevaba grabado el nombre del Señor, ó la palabra *Kodes*, el santo. El ephod egipcio carecía de piedras preciosas sobre las espaldas, y únicamente tenía dos anillos ó círculos dorados; pero el de Moisés se hallaba adornado de diamantes engastados en oro, y sostenía con corchetes de tan precioso metal el magnífico racional ó pectoral que realizaba su esplendor. La capa egipcia era sencilla y lisa, y la de Moisés estaba sembrada de flores y granadas en armonía con el pectoral. La túnica egipcia carecía de ornamentación, y en cambio la del sumo sacerdote estaba bordada de flores. En las cajas mortuorias de los sacerdotes egipcios se ve una joya sacerdotal, esto es, un cuadrilátero con doce cuadritos, lo mismo que el racional de Moisés, pero era muy inferior y casi vulgar en comparación del racional del sumo sacerdote de los judíos.

Esta joya llevaba el sumo sacerdote cuando debía pronunciar los juicios, y se llamaba el racional del juicio. Debía llevarla sobre el pecho, y colgada del cuello. En ella llevaba los nombres de las tribus de Israel, escritos en doce piedrecitas que formaban un cuadrilátero. Las letras combinadas daban origen á una inscripción misteriosa que leía el sacerdote y pronunciaba los oráculos.

Los ignorantes, creyendo que esta escritura hablaba, ó era el medio único de implorar el auxilio divino, introdujeron en los pueblos inscripciones bárbaras é ininteligibles, que grababan en madera, metales y piedras; y eran tan oscuras, que fingían en ellas un misterioso arcano.

La cábala y las falsas tradiciones de los misterios divinos aumentaban las locuras humanas, y de ahí los amuletos que tanto se propagaron en todos los pueblos.

Los gnósticos y basilianos propagaron las piedras con inscripciones, que llamaron *abraxas*, y son lo que llamamos amuletos. De este misterioso talismán se valían para sorprender la credulidad de las gentes sencillas, y les daban á entender que eran preservativo de mal para las mujeres que se hallaban en cinta, y servían también para descubrir el porvenir. Las cartas, tan en boga en nuestros días entre la gente del vulgo y no vulgo, son una reminiscencia de las abraxas ó amuletos de los gnósticos.

Empero, donde más profundas raíces echaron estas supersticiones ó desvaríos humanos, fué entre los egipcios. Allá cuentan una fabulosa antigüedad, y de ellos nos cercioran las Sagradas Letras al darnos á conocer los usos y costumbres de aquellos pueblos.

Las estatuas y figuras egipcias que llevan un escudo, representan sacerdotes; y la flor y la granada grabados en esos escudos figuran el oráculo, que el sacerdote egipcio recibe de la urna ó templete suspendido del cuello y reclinado sobre el escudo.

La forma del *urim* y *thumin* hebreos se nos explican en el cuadro de oro que se ve pintado en las figuras egipcias sin el templete, y manifiestan que éste era el amuleto sacerdotal.

El *urim* y *thumin*, llamados *theraplím*, eran un verdadero oráculo, y su inscripción encerraba, según Lanci, las sentencias siguientes:

«Yo levantaré mi espíritu según mi voluntad.

«El Santo de las doce tribus de Israel manifestará el secreto á los vivientes.»

Las promesas que el Señor hizo grabar sobre los nombres de las doce piedras del racional, cuyos nombres expresan los de los doce jefes de las tribus de Israel, eran un secreto que Dios comunicó á Moisés, y éste á Aarón; secreto que se transmitió entre los sumos sacerdotes mientras el pueblo no se hizo indigno de este favor.

Cuando el sumo sacerdote consultaba al Señor leía sobre el racional, símbolo de la luz divina que debía iluminar su entendimiento, las promesas de Dios; y sobre las piedras preciosas su divina voluntad.

Luego se ponía en oración, y terminada manifestaba al pueblo de Israel lo que le convenía, ó la voluntad de Dios.

Empero, el pueblo se precipitó de iniquidad en iniquidad, mereció la ira divina, y Dios lo castigó haciendo enmudecer el oráculo, y retirándole el secreto durante las guerras y la cautividad.

En vano se vestían los sacerdotes y consultaban el *urim*.

El Señor no les oía; y los sacerdotes y los profetas daban ficticios y mentirosos oráculos, de lo que se quejaba el Señor por los verdaderos Profetas, echándoles en cara sus imposturas.

El oráculo era la joya más principal y preciosa del vestuario sacerdotal, y Dios amenazó á su pueblo por Oseas (*cap. vii*), con la privación de ella:

«Israel quedará sin ephod y sin theraphines.»

El que desecha el alimento de la verdad, en justo castigo de su pecado se ve obligado á alimentarse del error y de la superstición.

A. L.

LOS VEGETALISTAS EN CHINA

The Hong-Kong Telegraph publica interesantes noticias relativas á la secta de los vegetalistas, que ha sido la que ha llevado á cabo, en Huas-Sang, las últimas matanzas de misioneros cristianos.

Dicha secta, según el citado periódico, era la que antiguamente se llamaba «Asociación del loto blanco,» la cual durante el siglo XVIII se sublevó varias veces contra la dinastía tártara mandchua, y la que, como consecuencia de esto, fué tan estrechamente vigilada por las Autoridades que se vió en la necesidad de cambiar de nombre, y oficialmente lleva hoy el de la secta de *No hacer nada*.

Los afiliados prestan juramento solemne de alimentarse exclusivamente de frutas y legumbres, y de no usar trajes de color.

Al ingresar en la Asociación ceden parte de sus bienes á la caja común, pero conservando su usufructo mientras viven.

Están regidos por un gran maestro y una jerarquía de dignatarios, organizada del mismo modo que la Administración oficial.

El pueblo atribuye á los miembros de esta secta poderes mágicos, y según una creencia muy extendida en China, son dueños de suspender en sus propias personas durante muchos días las funciones de la vida, y tienen el poder de dotar de ella á los pájaros de papel, que allí existen como adorno, haciéndolos volar.

En 1875 sembraron el terror en Nankín y Sanghai, organizando bandas de prestigitadores que, provistos de tijeras pequeñísimas, cortaban las trenzas de que los chinos se muestran tan orgullosos.

NECROLOGÍA

RDO. P. FR. ROMUALDO SALA, BENEDICTINO.

De buena voluntad trasladamos á nuestras columnas una carta en la que desde los bosques de la Australia se participa el fallecimiento del intrépido misionero Fr. Romualdo Sala, acaecida en aquellos desiertos en el próximo pasado mes de Septiembre. De veras sentimos semejante pérdida; pues era ardiente propagandista de nuestra Santa Religión, y de vez en cuando escribía edificantes cartas, en las que manifestaba sus correrías por aquella vasta isla, las costumbres de aquellos salvajes, y adelantos de su interesante Misión. Este heroico misionero, natural de Campos, (Mallorca), en su juventud renunció los derechos de su primogenitura y los cambió por el hábito religioso en el monasterio benedictino que se estableció en aquellas distantes tierras.

Sólo trece días antes de su fallecimiento había mandado á un sobrino suyo una carta llena de interesantes avisos, y manifestándole los adelantos de aquella Misión, verdadero modelo de agricultura y civilización. A pesar de encontrarse á lo último de su existencia no dejaba de manifestar su animado deseo de poder trasladar en nuestros desiertos de Filipinas sus trabajos coloniales, y hacer participantes á los moros de por allá de los beneficios de nuestra santa fe. Tal era y había sido siempre su ánimo emprendedor y lleno de celo por la gloria de Dios. ¡Que el Señor haya recompensado tanto sacrificio y tanta caridad!

La carta mencionada dice así:

«Australia Occidental. Nueva Nursia, 27 Septiembre 1895.

«SR. D. GUILLERMO SALA, Pbro.—Muy respetable y reverendo señor: Cumpliendo con el encargo y expresada voluntad de mi

dignísimo prelado el Ilmo. señor obispo Salvado, prefecto apostólico, y abad *nullius* de este monasterio benedictino y Misión en pro de la conversión y civilización de los salvajes australianos, tengo el honor, aunque acompañado de gran sentimiento mío y de toda esta numerosa Comunidad, de anunciar á V. R. como su buen hermano, Fr. Romualdo Sala, falleció aquí el viernes pasado día 20 del corriente mes. Por supuesto tuvo la felicidad de recibir los Santos Sacramentos y bendición apostólica. Durante los últimos días de su existencia conservó hasta el extremo momento un perfecto conocimiento y resignación santa á la divina voluntad, mientras recitábamos las preces del Ritual y encomendación del alma.

«Al día siguiente, después de rezado y cantado todo el Oficio de difuntos, se celebró una solemne Misa de *Requiem* en sufragio de su alma, todo presidido por el mismo señor Obispo, asistiendo toda esta Comunidad religiosa é indígenas australianos ya bautizados. En seguida su cadáver fué conducido por cuatro monjes benedictinos al cementerio de esta Misión, donde se le dió honrosa sepultura. A. E. R. I. P.

«Es regular que tanto V. R. como los demás parientes del finado deseen saber de qué enfermedad haya fallecido. El facultativo, que es bastante inteligente y que ha visitado muchas veces el enfermo, nos asegura que no ha encontrado en él más enfermedad que una decadencia de fuerzas, causada por sus grandes trabajos y los setenta y cinco años de edad que ya contaba.

«Para mayor satisfacción y consuelo de V. R. me tomo la libertad de añadir en ésta que el que suscribe aquí ha tenido la dicha de conocer y gozar de la amistad y compañía de su precitado hermano, desde que en el mes de Noviembre de 1852 nos reunimos en Barcelona, y recibimos en Santa María del Mar el hábito benedictino, como misioneros para cooperar en esta Santa Misión.

«Durante, pues, el largo intervalo de más de cuarenta y dos años, he sido casi siempre testigo ocular de las muchas virtudes cristianas y religiosas, practicadas fielmente por su buen hermano, verdadero monje é infatigable misionero, así en los ejercicios espirituales, asistiendo al coro nocturno y diurno para cantar el Oficio Divino meditando y rezando con gran fervor y devoción; como también cumpliendo con la mejor buena voluntad y fidelidad sus respectivos encargos y obligaciones, dictadas por sus legítimos superiores. En una palabra, la vida suya ha sido siempre aquí muy ejemplar, edificante y santa.

«Espero que V. R. tendrá la bondad de participar estas noticias á sus hermanos de la villa de Campos y demás parientes, y al mismo tiempo, si es servido, acusarme el recibo de la presente.

«Tenga la caridad de rogar por estos pobres misioneros é indígenas cristianos y salvajes que nos rodean, quedando su afectísimo hermano en J. C., Q. B. S. M.

BERNARDO MARTÍNEZ, Pbro., M. B.»

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas.

Gil Usom, Pbro., de Noguera.	2 ptas.
Juan Roure, de Bañolas.	23 «
Santos Fernández, de Avilés.	8 «
Jesús Penabad, del Ferrol.	14 «

Para la abolición de la esclavitud en Africa

Juan Roure, de Bañolas.	10 «
-------------------------	------

Para las Misiones de Fernando Poo

Bernabé Chaves, de Bienvenida.	15 «
--------------------------------	------

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.